



**LOS MISTERIOS
DE LA TORRE DE SAN JUAN.**

LOS MISTERIOS

DE LA TORRE DE SAN JUAN

LOS MISTERIOS

DE LA TORRE DE S. JUAN,

ó

LOS CABALLEROS TEMPLARIOS.

NOVELA TRADUCIDA DEL FRANCÉS.

TOMO IV.

SEVILLA: 1851.

Imprenta de Gomez, á cargo de D. J. J.
Franco, calle de la Muela núm. 7.

L.

Sus nuevas persecuciones, mil veces reiteradas, cansaron al templario, y le hicieron de Ethelmunda un objeto importuno que le atormentaba sin cesar, y parecia destinado á hacerle en adelante enojosa su existencia.

Temiendo aun que en un exceso de devocion hiciese una pública penitencia y le cargase el homicidio que habia cometido, se encontraba sumergido en una penosa inquietud,

y deseaba mil veces al día la muerte de una mujer, cuyos extravíos había compartido, pero en cuyo arrepentimiento no quería tomar igual parte. No había pensado, empero, en deshacerse de ella, cuando tuvo la desgracia de confiarlo todo á Mesalvo.

Este malvado, á quien nada costaba un delito mas, le inspiró el primer pensamiento de detener con un solo golpe el curso de los sinsabores con que le amenazaba Ethelmunda.—Y qué! le dijo, una mujer os hace temblar, y vive todavía! Yo admiro su felicidad y la debilidad vuestra: seguramente tiene el derecho de pareceros temible, puesto que no teneis valor para libraros de ella.

—Y cómo podría lograrlo? respondió el gran prior, que aparentaba no comprender el discurso de Mesalvo. Hay un medio que pueda reducir al silencio á una mujer poderosa, supersticiosa y atemorizada?

—Los que están en el sepulcro, replicó el italiano, no tienen ya poder para hacernos temblar.

—Pluguiese al cielo que Ethelmunda durmiese hace tiempo en él al lado de su esposo!

—No teneis el secreto para procurarle ese eterno sueño?

—Qué! apresurar el fin de su carrera?

—Qué os importa, si de ello debe nacer vuestra tranquilidad?

—No, no, Mesalvo, jamás consentiré en semejante accion.

Así habló d' Aigremont; pero su corazon, aunque estremeciéndose á pesar suyo, acogia la execrable proposicion de su confidente: él queria combatirla, pero su debilidad y su tibieza eran manifiestas.

Mesalvo, como el demonio de la tentacion, no le abandonaba: á cada momento le ponía á la vista el peligro de las revelaciones de la princesa: d' Aigremont debia temer la pérdida de su honor, de su dignidad, pendiente, acaso, de aquella determinacion: cuán posible seria, que si Ethelmunda consultaba algun eclesiástico, este, por fanatismo la impulsase á un paso estrepitoso! Tan bien supo manejarse (y ademas, el templario por sí mismo, estaba tan poderosamente inclinado al mal), que obtuvo su consentimiento para llevar á cabo esta empresa abominable.

Para su ejecucion, Mesalvo, sobre quien descansó enteramente d' Aigremont, imaginó emplear el socorro de Roldo. Veinte y un años habian trascurrido desde la muerte de Laurencia: el italiano apenas se acordaba ya de la piedad manifestada en aquella épo-

ea por este bandido hacia su hermana: estaba persuadido ademas de que su alma, endurecida por la infame vida que habia llevado despues, no opondria repugnancia alguna á cometer un crimen que le seria altamente recompensado. Para aproximarse á él, se dirigió al castillo de Montgiscard, avisándole que fuese á buscarle alli.

Despues de hacerle una pomposa ostentacion de la proteccion poderosa que le concedia el gran prior del Temple, le preguntó si estaria dispuesto á manifestarle su reconocimiento, y si conocia alguna accion que le repugnase bastante, para rehusar el cuantioso regalo con que d' Aigremont estaba pronto á pagarla.

Roldo, á medida que avanzaba en edad, aumentaba su desprecio hacia Mesalvo, creyéndole capaz de todo lo que los crímenes tienen de mas negro, y deseando apreciar mejor toda la perversidad de su alma, le replicó tranquilamente: No ignorais, señor caballero, lo que yo sé hacer; hablad, y nada me costará el satisfacer á vuestro protector.

Gozoso de verle en semejantes disposiciones, Mesalvo no vaciló en confiárselo todo: le descubrió las inquietudes de d' Aigremont, y concluyó con decirle que la muerte de la

princesa d' Armagnac era lo que se reclamaba de su celo. El alma de Roldo se llenó interiormente de indignacion: combatir con viajeros armados generalmente, sitiar en sus castillos fortificados, y rendir en ellos á algunos señores tiranos permanentes de aquellas hermosas comarcas; batirse y vencer las tropas enviadas contra él por las vecinas ciudades, le parecian acciones dignas de un hombre intrépido y acostumbrado á arrostrar los peligros; pero emplearse cobardemente en dar la muerte á una muger, era para él una empresa odiosa é infame, y se irritaba de que se hubiesen atrevido á proponérsela. Guardose sin embargo de manifestar todo lo que sentia interiormente, proponiéndose vengarse de Mesalvo, que le habia creído capaz de cometer semejante atentado, disimuló cuanto pudo, y aparentó aceptar con sangre fria aquella mision: disputó algun tiempo sobre los medios para llevarla á cabo, y acerca del premio con que se le recompensaria, consiguiendo en fin engañar completamente al sospechoso italiano. Se convino en que Roldo, disfrazado bajo el traje de un modesto escudero, iria á presentarse á Ethelmunda, como recomendado por d' Aigremont, que al efecto le daria una carta. En seguida debia esperar el momento favorable para frotar la

copa, de que la princesa se serviría, con el mismo veneno empleado en otro tiempo por Mesalvo para deshacerse de Laurencia.

Terminadas aquellas discusiones, el bandido se puso en camino para Lectour, adonde no tardó en llegar. A la vista de la carta del templario, la princesa no titubeó en admitirle á su servicio. El siguiente día, al principiar á ejercer sus funciones, encontró medio de pedir á Ethelmunda el favor de hablar en secreto, en presencia, añadió, de la persona en quien tuviese mas confianza.

Por una casualidad difícil de explicar, se encontraba entonces en Lectour el benedictino Gilberto, tío de d' Aigremont, y que habia tomado el hábito religioso, dejando ignorar su suerte á toda su familia, á consecuencia de haber perdido un hijo único, su sola esperanza, muerto de resultas de las disoluciones á que d' Aigremont le habia arrastrado. Estimado de la primera, instruido de su amor por su sobrino, aprobó con entusiasmo los proyectos que ella habia formado para restituirse á la virtud; y Ethelmunda gozosa de verle participar de sus piadosas intenciones, le habia rogado tuviese á bien dirigir su conciencia. Bajo este concepto creyó no poder elegir mejor testigo para la entrevista solicitada por Roldo, que

el mismo benedictino.

Aquel se espresó en su presencia con una entera franqueza: descubrioles el atroz proyecto de d' Aigremont, les manifestó el tósigo que le habia entregado, y detalló el uso que de él debía hacer. Al escuchar semejantes abominaciones, los dos circunstantes esperimentaron todas las penosas sensaciones que naturalmente debian inspirar. Gilberto quedó confundido de la profunda perversidad de su sobrino y Ethelmunda aterrada y trémula notenia fuerzas ni voz.

Era necesario, empero, tomar un partido para imposibilitar una empresa que podia ser renovada, aunque ahora se eludiese. Entonces la princesa, dominada todavia por un amor tan poco laudable, y estraviada acaso por la debilidad de sus órganos, hizo ver sus nuevas intenciones: para ella la vida, y sobre todo las pompas del mundo, iban á ser en adelante una pesada carga.

Terminar sus dias en un monasterio lejos de todas las miradas, y olvidada de todos los corazones, la pareció la única resolucion conveniente en su situacion; pero al mismo tiempo no queria abandonar el cuidado de la salvacion de d' Aigremont. Imaginó, pues, hacerse pasar por muerta, desaparecer en seguida de Lectour, é ir á ocul-

tarse en el castillo de Montgiscard, antigua propiedad de su familia, y en donde ella conocia la comunicacion de secretos aposentos ignorados de los templarios, de los que queria servirse para obrar prodigios que pudiesen atemorizar y corregir á d' Aigremont.

El plan que desarrolló obtuvo el asentimiento de Gilberto, que quiso tambien perfeccionarle, encargándose, por las inteligencias que conservaba con dos antiguos sirvientes de su sobrino, de aterrorizarle en su misma estancia. Roldo, por su parte, ofreció tambien su socorro, y descubrió secretos de que estaba instruido mucho tiempo hacia.

Esta determinacion no podia tomarse sin informar de ella al principe Juan, duque reinante de Armagnac. Ethelmunda y Gilberto tomaron sobre sí este cuidado. Luego que él supo la infame conducta de su antiguo amigo, juró en el primer impulso, tomar una venganza estrepitosa, no pudiendo acostumbrarse á la idea de una vida tan criminal. Su hermana, sin embargo, consiguió apaciguarle, arrojándose á sus pies, y suplicándole, como una gracia, suspendiese su cólera: descubrióle sus ulteriores proyectos, y el principe concluyó por consentir en ellos.

En su consecuencia, se esparció desde

luego la noticia de la enfermedad de Ethelmunda: poco á poco se aparentó desesperar de su vida; por último se dijo que habia espirado; y los pocos criados fieles, á quien se confió este importante secreto, sin esplicarles los motivos de él, consiguieron eludir al público el conocimiento de sus últimos momentos. Creyóse, pues, que no existía, rindiéronse á sus restos los honores debidos á su alto rango; y mientras se decian por ella las oraciones destinadas á los que salen de este mundo, Ethelmunda se evadió secretamente, acompañada de Gilberto y de Roldo.

Emprendió su viaje en una noche oscurísima, y le prosiguió por sendas estraviadas que la condujeron al castillo de Montgiscard. Una sola doncella la siguió, decidida á compartir su suerte. La princesa penetró en la antigua morada de sus abuelos por un subterráneo que conducia á ella desde el convento de los benedictinos, ordinaria residencia de Gilberto.

Estos buenos padres no estaba bien con los templarios, y sobre todo con d' Aigremont, por contiendas de posesion de terrenos y señorios que este les habia disputado: por lo tanto, acogieron con entusiasmo los proyectos de Gilberto, bienhechor de su monasterio, y

de Ethelmunda, que les prodigó los mas ricos donativos.

Esta señora encontró, como esperaba, que los templarios no habian penetrado en el departamento tan bien escondido á los ojos de todos: establecióse en él, y el mismo dia en que en Lectour se esparcia la noticia de su fallecimiento, sus agentes principiaron á obrar en Mongiscard.

El mismo Roldo, armado hasta los ojos, y oculto bajo un sudario, vino á presentarse á uno de los centinelas del castillo, al mismo tiempo que uno de los monjes hacia sonar por tres veces la campana del torreón, lo que bastó para esparcir el terror por todas partes. Además, se habia preparado otra escena mucho mas importante, por los pasadizos secretos que concluian en la sacristía de la capilla señorial.

Introdujéronse dos benedictinos, y principiaron por cerrar cuidadosamente por dentro, la verja que separaba la nave del santuario: despues aplicaron á ella un aparato que debia ocasionar una violenta sacudida al que quisiese conmoverla. Convencidos de que despues de la primera tentativa nadie se atreveria á probar otra, iluminaron en seguida la capilla, y se mantuvieron dispuestos á principiar su escena. Sabido es el terror de

Mesalvo y de los demas templarios, llevado hasta tal punto, que los benedictinos se arriesgaban á pasar mas adelante. Celebraron el santo sacrificio de la misa, y despues desaparecieron por el mismo camino que los habia traído. Este acontecimiento infundió un pavor general en el castillo, y Mesalvo sorprendido sobremanera, salió de él el dia siguiente, dirigiéndose á Tolosa á referir al gran prior el estraordinario espectáculo que habia presenciado.

Todas estas maravillas ejecutadas una tras de otra, hicieron nacer en el alma del conserje Jacobo, ciertas sospechas que se apresuró á averiguar. El tambien conocia la existencia del aposento secreto, y le ocurrió que acaso se refugiaban en él los que de aquel modo trataban de introducir el espanto de Montgiscard: y como sabia que solo los principes de Armagnac estaban instruidos de las entradas á los subterráneos secretos de aquel lugar, esperó que podian ser ellos, quienes, por un motivo desconocido, obraban de un modo tan estraordinario.

Penetró pues en el oculto aposento, y puede juzgarse de la sorpresa al encontrarse cara á cara con madama Ethelmunda. Es cierto que esta estaba resuelta á descubrirlo todo á Jacobo; érala conocida su fidelidad, su

adhesion á su ilustre casa, y así le vió parecer con alegría recibiendo del anciano la seguridad de que ninguna persona humana adivinaría su existencia en aquel sitio. Así permaneció algún tiempo, durante el cual causó tan vivos temores á Ombelina, y el religioso que Marcelina vió en el salón de audiencia, fué el venerable Gilberto.

Entre tanto d' Aigremont en Tolosa no estaba tranquilo: ilusiones hábilmente manejadas le causaban un sobresalto que se aumentaba por momentos. Su imaginación una vez exaltada, contribuyó mucho á facilitar los medios que para ello se emplearon.

El osado Roldo se atrevió á atormentarle también por sí mismo; porque la voz que se oyó en su entrevista con d' Aigremont, después de la disimulada muerte de Ethelmunda, salía de su pecho, y por un arte hasta entonces casi desconocido, imitaba los prodigios que nuestros ventrílocos modernos han renovado después. En fin, el templario fué perseguido por Ethelmunda y sus emisarios de mil maneras, como se ha podido ver en el curso de esta obra.

Pero todo fué en vano; las esperanzas de la princesa d' Armagnac y de Gilberto, estaban lejos de realizarse. El gran prior, aterrado á

veces, pero nunca convertido, no cedió á los avisos del cielo ni á los supersticiosos terrores de aquellos tiempos, haciéndose igualmente sordo á la voz de su conciencia. La venganza divina habia pronunciado sobre su suerte, y en lo sucesivo sabremos cuál fué la que le destinó.

Funesto imperio de las pasiones, cuántos males causas en el corazon de los hombres! Conducirlos á su ruina, desolar á sus amigos, hacer desgraciados á todos los que se les aproximan, he ahí tus ordinarios frutos! á los dias de impunidad que alientan á los culpables suceden en fin los dias de castigo; y el que toda su vida la empleo en perseguir la virtud, en multiplicar los excesos y los crímenes, cae á su vez bajo el rayo vengador que el cielo le reservaba desde un principio.

Detengámonos aqui, y vamos á proseguir el interrumpido curso de las aventuras que tal vez habrán escitado el interés de nuestros lectores.

Li.

T tiempo es ya de volver á la noble Elfegia d' Auvillars: dejámosla dispuesta á emprender su evasión por el subterráneo que debia conducirla al altar mayor de la iglesia de la Dalbada en Tolosa.

En el momento en que su tierna libertadora, la buena Ambrosina, cerró trás de ella la oculta puerta que la habia dado entrada al lugar en que se encontraba, asaltóla un vivo temor, que la puso á punto de renunciar á su

empresa, y llamar á la religiosa, cuyos ligeros pasos oía todavía á lo lejos: reflexionando empero, en los horrores que la esperaban en el monasterio, en los atentados que para la noche siguiente se preparaban, reunió todo su valor, y se decidió á proseguir su camino: descendió, pues, la escalera que se hallaba bajo sus pies, y llegó á una estrecha avenida, ligeramente sinuosa, que recorrió con rapidez. Un obstáculo imprevisto la detuvo, encontrando una pared que cerraba la estremidad del subterráneo, cuya bóveda era ya tan baja, que apenas la permitía estar de pie.

Hubo un momento en que creyó no poder pasar mas adelante; pero examinando con mayor cuidado todo lo que la rodeaba, descubrió que el techo que la cubria era de madera, y á fuerza de registrarle, observó un gancho, de una fuerza bastante regular, que podia correrse igualmente hácia adentro que que hácia afuera: tiró de él, y la trampa se abrió. Encorvándose primero, y levantando despues la cabeza, colocó su lámpara en la parte superior de ella para iluminar la salida, pero quedó estrañamente turbada al encontrarse en medio de un sepulero de piedra, y rodeada de frios osamentos medio consumidos.

Aquella penosa vista la hizo arrojarle fuera cuanto antes para alejarse de un lugar semejante, y olvidó cerrar la trampa. La vasta pieza en que habia entrado era, como Ambrosina la anunció, la bóveda sepulcral de las religiosas del monasterio, y á cada paso que Elfegia daba tropezaba con un ataúd ó con un sepulcro poco elevado. El silencio que reinaba en aquel imperio de la muerte, el frio glacial que se sentia, los siniestros objetos que á los ojos se presentaban, todo se reunia para abatir á Elfegia, y arrebatarla la poca energía que poseia.

Marcha, pues, en un profundo silencio, cuando de repente la sorprendió un terrible ruido que oyó á su espalda: consternada y trémula se detiene sin atreverse á volver la vista hácia donde el golpe habia sonado: decidiéndose al fin á salir de aquella ansiedad, reconoció con alegría que aquel inesperado estrépito provenia de la caída de una estatua colocada sobre el sepulcro de una abadesa, que el tiempo con sus incansables manos habia obligado á caer de su carcomido pedestal.

Algun tanto repuesta Elfegia continuó su expedicion, dirigiéndose á una puerta que descubrió en un rincon estraviado: abriola con mucha dificultad, y penetró en un esten-

so subterráneo, á cuyo extremo observó una escalera que la llenó de satisfacion, no dudando que ella la conduciría á la iglesia de la Dalbada, y que por consiguiente era el término de su viaje. Atravesó con rapidez el espacio que mediaba hasta el primer escalon; ya iba á poner el pié en él, cuando una trampa que no habia notado, y sobre la cual estaba, se inclina de un lado, la hunde en una bóveda poco profunda, y vuelve en seguida á cerrarse por sí misma.

La caída de Elfegia, arrancándola un grito ahogado, habia hecho derramarse todo el aceite de su farol; apagóse la mecha, y una profunda noche la rodeó por todas partes. El susto la detuvo algun tiempo en el mismo sitio, y algunos dolores que sentia la hicieron creerse peligrosamente herida: no obstante, por sus movimientos reconoció que no se habia fracturado miembro alguno. Arrojando de sí las crudas reflexiones que hubieran podido conducirla á una desesperación sin igual, elevó sus plegarias al cielo, pidiéndole mas que nunca el socorro de su poderosa proteccion, y la esperanza que en su corazon principió á renacer, le pareció enviada por un patrocinio sobrenatural. Levantándose, pues, aunque con dificultad, sacó la espada que hacia parte de su traje de tem-

plario, y de ella se sirvió para asegurar su marcha.

Caminando en una completa oscuridad, anduvo vagando largo rato, temiendo siempre encontrarse en un nuevo sepulcro, y tropezar con objetos horrorosos; por fin, sintiendo en su rostro la impresion de un aire fresco, calculó que debia hallarse frente de alguna abertura ó pasadizo, y se resolvió á aventurarse en él.

Habria andado unos doce pasos, cuando al volver un ángulo de la pared, que la servia de guia, hirió su ojos el resplandor de una luz distante, cuya claridad penetraba hasta aquella parte prolongada del subterráneo: no titubeó en dirigirse hácia aquel punto, proponiéndose descolgar la lámpara, si lo creia necesario y servirse de ella, ya para continuar adelante, ó ya para volver á la trampa por donde habia entrado en aquel lugar ignorado de la religiosa Ambrosina.

Llegada, en fin, cerca de la luz, presentáronse á su vista varias avenidas: encaminóse por la de la derecha, y como todas estaban igualmente iluminadas, no tuvo necesidad de apoderarse de la que pendia de aquella bóveda. A poco tiempo de seguir aquel camino, los acompasados pasos de una persona que parecia estarse paseando, llegaron

á sus oídos.... Detúvose, y dirigiendo sus miradas en torno suyo, reconoció que el extremo de la avenida en que se encontraba, estaba atravesado por una arcada que descendia á un subterráneo menos elevado.

Aproximóse con precaucion á una especie de balaustrada colocada en aquel sitio, y dirigiendo la vista abajo, descubrió un estenso salon sostenido por gruesas columnas, y un centinela vestido como ella, de templario é igualmente enmascarado, que se paseaba al pie de la escalera que Elfegia tenia delante.

Aquel encuentro, que estaba muy lejos de imaginar, llenó su alma de terror al considerar que acaso se habia entregado por sí misma á su feroz perseguidor, porque ya no dudó hallarse en la parte de los subterráneos pertenecientes al temple, y por donde los caballeros de aquella orden pasaban al monasterio de donde ella salia.

Despues de consultar un momento consigo misma, retrocedió, no pudiéndose determinar á arrojarse voluntariamente al peligro de que queria evadirse. Tomando, segun su primer pensamiento, una de las lámparas que iluminaban aquel detestable lugar, volvió á buscar la trampa fatal por donde se habia precipitado; pero fueron vanos cuantos esfuerzos hizo para hacerla jugar, empleando en esto un

tiempo considerable; y no pudiendo conseguir levantarla de manera alguna, le fue forzoso volver otra vez al callejón de que antes hemos hablado.

Allí probó sucesivamente á recorrer todas aquellas avenidas, pero solo encontró algunas puertas cuidadosamente cerradas, oyendo por ellas los acentos de una desenfrenada alegría, confirmándose en la triste convicción de que en aquellos lugares no encontraría defensores. Restituida, como á pesar suyo, despues de colocar la lámpara en su sitio, á la arcada, bajo la cual habia observado al centinela, se apoyó contra la balaustrada, deplorando amargamente su suerte y su imprudencia.

En aquel momento vió á un templario aproximarse al vigilante, quien presentándole la punta de su lanza, le dijo en voz baja, pero capaz sin embargo de ser oída de Elfegia, *Liesse* (1). El templario se detuvo, dió dos pequeñas palmadas, y contestó con la palabra *Misterio*.

Hecho esto, el guardia levantó su lanza, y el templario subió rápidamente la escalera, pareciendo encaminarse derechamente á Elfegia. Aquel fué el instante en que su espanto

(1) Término antiguo, *alegría*.

llegó al mas alto grado: arrojóse precipitadamente contra una columna de las que sostenian la bóveda, y allí esperó con todas las angustias del temor; pero el caballero no fijó su atencion en ella; pasó, y fue á perderse en una avenida lejana, dejando á la jóven estremadamente satisfecha de su desaparicion.

Pasado el primer susto, lo que acababa de ver, la reanimó algun tanto: habia notado que este segundo templario iba tambien enmascarado como ella, y gozosa de haber sorprendido la palabra de órden, se decidió á aventurarse.

Poniendo, pues, en la vaina la espada, que hasta entonces habia conservado en su mano, descendió la escalera: el guardia viéndola, la dijo igualmente *Liesse*, ella replicó *Misterio*, y vió con alegría que se le dejaba el paso franco; prosiguió, pues, su camino, encontrando varios templarios, todos igualmente enmascarados, y otros dos centinelas, á los cuales dirigió la palabra convenida, y la dejaron pasar sin decirle nada. Pero á pesar de esta ventaja no veia el término de su embarazosa situacion, pues vagando sin descanso por los intrincados rodeos de aquel vasto edificio, no encontraba de modo alguno la salida de él.

Condujerónla en fin sns fatigados pasos á

la entrada de un salon que la sorprendió por su grandeza y majestad. La puerta estaba adornada de dos figuras gigantescas, representando los ángeles de las tinieblas, cuyas formas horrorosas habia el escultor delineado con una espantosa perfeccion. Latechumbre de aquella vasta sala estaba sostenida por enormes y macizas columnas de mármol rojo, cuyas basas y capiteles representaban toda clase de figuras horribles y caprichosas. En el centro, y bajo la cúpula de la bóveda, estaba colocado un altar de hierro, soportado por otros cuatro demonios horrosamente contorneados; pero lo que mas admiró á la jóven duquesa d' Auvillars, fué la vista de un horrible ídolo, mitad dorado y mitad cubierto de un vestido de plata: estaba sentado en un trono de incalculable riqueza, y tenia en sus numerosas manos, cabezas sangrientas, una espada, una horca, y una cruz en forma inversa.

Confundida con tan siniestro espectáculo, Elfegia pensaba en evitarle, cuando un formidable ruido, tal como el que produce una maza de bronce hiriendo en una enorme campana, hizo retemblar aquellas bóvedas, y aquel nuevo y estraño rumor trastornó á Elfegia hasta tal punto, que incapaz de dar un paso mas, se abandonó á su suerte dejándose

caer casi desfallecida, detrás de una de las columnas.

Pocos minutos llevaba en aquella posición, cuando el ruido se repitió de nuevo, sucediéndole un profundo silencio. Poco después oyó andar con pasos medidos, y volviéndose con espanto, vio entrar desde luego catorce templarios marchando dos á dos y llevando cada uno una antorcha. Colocáronse al rededor de la estatua, iluminándola por todas partes.

Después de ellos se presentó un hombre vestido de una túnica roja, ceñido de una faja blanca, con un vaso lleno de fuego que depositó sobre el altar. Otros cuatro sacerdotes vestidos como él le acompañaban: dos llevaban en las manos unos vasos, que contenían un licor particular, y los otros balanceaban unos incensarios de oro macizos cubiertos de diamantes, que despedían admirables fuegos: en su seguimiento una figura espantosa por su traje negro y amarillo, y por los rasgos representados en su máscara, porque todos tenían el rostro cubierto, oprimía contra su pecho un niño, al parecer de pocos meses, que lanzaba dolorosos gritos; y por último seguía sin orden una multitud de templarios. Esparciéronse por todo el ámbito de aquella especie de santuario, y muchos se colocaron

alrededor de Elfegia, que descubriendo el peligro que en aquel momento corría, se mezcló entre ellos, aproximándose lo mas que pudo á la puerta.

Entonces comenzaron las infames ceremonias á que aquel lugar detestable estaba destinado.

Los licores preparados fueron derramados sobre el fuego, levantando una llama roja y prolongada, que llegó hasta la cúpula de la bóveda, y no se apagó en todo el tiempo que Elfegia permaneció en el salon. Hicieronse oír en seguida unos himnos cantados en lengua desconocida; al mismo tiempo el pontífice se aproximó al ídolo, se inclinó primero respetuosamente, despues tomándole en sus brazos, le presentó á los caballeros. A su vista todos doblaron la rodilla, y le adoraron gritando *Alla*.

Terminada esta ceremonia, el pontífice volvió al lado del altar; hizo seña á la especie de demonio vestido de negro y amarillo, que tenia al tierno niño, para que se le trajese. Le toma, figura ofrecerle al ídolo, y murmura en voz baja algunas palabras que Elfegia no entiende. Pero cuál era su emocion al aspecto de aquellos siniestros preparativos! Ella ve á la mayor parte de los templarios colocarse en círculo alrededor del

altar. El miserable pontífice entrega al mas inmediato el niño consagrado; este le arroja á su compañero, y cada uno á su vez recibe y despide aquella deplorable víctima.

Los gritos agudos que lanzaba, la atrocidad de aquel espectáculo abatieron enteramente á Elfegia: era aquello demasiado para ella. Olvidando el peligro que corria todavía, no piensa mas que en sustraerse á los últimos horrores que prevé; se lanza fuera del infame templo, vaga á la ventura sin senda que la guie, y solo desea no oírlos aullidos que aun penetraban sus oídos. De repente los redoblados estallidos del trueno la estremecen; persuádese un momento que el Eterno irritado ha castigado á los criminales templarios, hiriéndolos con sus rayos vengadores, y espera por momentos ver desmoronarse aquellas tenebrosas bóvedas; pero el silencio sucede bien pronto. El castigo ha sido diferido sin duda, ó el ruido que ha herido sus oídos, provenia acaso de la union de los caballeros con los espíritus infernales.

Elfegia quedó por largo rato incapaz de proseguir su camino: recostada sobre una enorme piedra, en lo mas remoto de una de aquellas avenidas, miraba al porvenir que se le presentaba bajo los mas espantosos

colores. A qué suplicio estaria reservada si caia en las manos de los templarios? La perdonarian haber dirigido una mirada profana sobre sus impías ceremonias? Y ademas, qué habia de hacer? El hambre no tardaria en asaltarla, el hambre mas cruel que la muerte misma.

Cuántas veces rogó á la Virgen viniese en su socorro! con qué amargura lloró su funesta empresa! Ah! la desventurada no veia en torno suyo mas que una eterna prision, el deshonor, la muerte.

Mientras con sus propias reflexiones se desalentaba mas, creyó oír cerca de si quejidos que parecian ser la espresion de un ser anonadado por el padecimiento: levantóse con precipitacion, y mirando en rededor, descubrió una espesa reja en la pared inmediata: se aproximó con precaucion, y vió un caballero del Temple tendido en un monton de paja. Sintiendo una compasion bien natural en su corazon desgraciado, se acercó enteramente á los hierros, y este movimiento atrajo la atencion del encarcelado.

—Quién eres, bárbaro, dijo, que espermentas una odiosa curiosidad de ver padecer á uno de tus semejantes? Pasa adelante, ve á reunirte á tus cómplices, á esos indignos

caballeros, cuyos delitos he podido descubrir demasiado tarde. Ah! diles que d' Aurival los desafía, y les pide la muerte y no la libertad.

Este lenguaje dictado por la desesperacion, conmovió vivamente á Ellegia, hasta obligarla á apoyarse contra la misma reja. El nombre del preso no la era desconocido, y mas de una vez Luis d' Aurival habia visitado la casa de su padre. Admirada de que la tuviese por un templario sin tener presente el traje que vestia:

— Caballero, le dijo, con una voz dulce que le sorprendió, guardaos de confundirme con los que os han sepultado en ese negro calabozo: como vos, soy victima de una orden que, por mucho tiempo he creido respetable: yo trato de huir de mi perseguidor el señor d' Aigremont, gran prior del Temple. Soy la hija de duque d' Auvillars: habitaba el monasterio inmediato del que es abadesa madama Eloisa, hermana de vuestro gefe; mis débiles atractivos chocaron á este templario culpable, y bien pronto una llama impetuosa se encendió en su corazon: los extremos á que se dejó llevar, la asistencia que encontró en el auxilio de su hermana, el inminente peligro que he corrido, todo me ha impelido á emprender un viaje subterráneo, para eva-

dirme del amor del uno y del despotismo de la otra. Ay de mí yo he sido víctima de mi imprudencia, y me he visto precipitada en estas ignoradas mansiones, donde he sido testigo del mas sacrílego espectáculo. No queriendo presenciarme hasta el fin, temiendo compartir el castigo que los templarios merecían, me he evadido, y mis pasos me han conducido aqui.

—Ah! madama! replicó d' Aurival, cuánto os admiro y compadezco á un mismo tiempo! A qué peligros habeis venido á precipitaros! Jamás hubiérais encontrado la salida de estos subterráneos: hubiérais desfallecido en vanas diligencias para buscarla, y no se habria tardado en descubrirlos. Y aun, cómo habeis podido hacer para pasar sin ser reconocida por los diversos centinelas colocados de distancia en distancia? Paréceme casi imposible que no hayais sido detenida por ellos.

Elfegia disminuyó su admiracion, manifestándole por qué medio habia sorprendido la palabra de orden, y cómo se habia servido hábilmente de ella.

—Pero, caballero, prosiguió, habria venido aqui para no salir jamás? No podré arrancaros á las cadenas que os sujetan?

—Fácilmente podreis, señora; aun pasará medio dia antes que vuelva mi carcelero: por

lo tanto podré dejar esta sombría mansion sin ser descubierto por él. Solamente es necesario que os procureis las llaves de mi prision y de estos hierros: ordinariamente las deposita bajo una gran piedra, no distante de aqui, y hácia ella deben dirigirse vuestras pesquisas.

Elfegia reconoció por la descriçion que d' Aurival le hacia, la misma piedra de que acababa de levantarse: dirigióse á ella, escarvó en un agujero que encontró, y en efecto, volvió con un manojo de llaves, que sujetaba con estuerzo para que una con otra no sonasen: llegó al calabozo, y despues de muchas tentativas, consiguió abrir la pesada reja que rechinó girando sobre sus goznes. Obtenido este primer suceso, el segundo se hizo mas fácil.

Las cadenas del caballero cayeron: él levantó sus manos hácia el cielo, dando'e las mas espresivas gracias por el socorro que le habia enviado: despues volviéndose á Elfegia:

— Ah! madama, la dijo; cuánto os debo! Vos me habeis restituido mas que la vida, devolviéndome mi libertad! Ahora me toca á mí procuraros la vuestra. Salgamos desde luego de este calabozo, donde yo creia llegar al término de mis dias, y despues franquea-

remos el espacio que nos separa de los lugares en que se goza la luz del sol.

Dicho esto cerró cuidadosamente la reja, y arrojó por entre los hierros las llaves que ya le eran inútiles, á fin de que tardasen más tiempo en encontrarlas. Hecho esto pidió á Elfegia le diese su máscara y su espada:— Vos no tendreis necesidad de ella, añadió; vuestro delicado rostro anunciará á los guardias que encontremos, que venis del monasterio próximo, y yo pasaré por vuestro conductor.

Ninguna objecion tuvo Elfegia que oponer: llenó los deseos del caballero, y bajo su escolta, emprendió de nuevo su viaje. El camino los condujo al templo de la divinidad infernal: al pasar cerca no pudo menos de dirigir una mirada de temor. Qué horror! la llama ardia aun sobre el altar! y unos osamentos medio devorados por el fuego!... Esta horrible vista hizo tal impresion en los sentidos de Elfegia, que asiendo el brazo de d' Aurival: «Huyamos! le dijo; el crimen vela en torno nuestro, y tengo la certidumbre del delito mas atroz de que la raza humana tiene que avergonzarse!

El novicio adivinó una parte de lo que la duquesa d' Auvillars habia visto. Estremeciése como ella, y renovó en aquel momento el

propósito solemne de abjurar los primeros votos que le ligaban á medias á una orden, que era ya para él un objeto de execración. Entre tanto no habian encontrado ninguno de los habitantes ordinarios de aquellos secretos lugares. Despues de la ceremonia que Ellegia habia presenciado, todos los templarios habian subido á la tierra, ó los que aun quedaban se habian dirigido á escondidos asilos, en donde impuras orgías ocupaban sus instantes.

D' Aurival y Ellegia caminando siempre, llegaron al extremo de una larga avenida. «Ya estamos en buen sendero, dijo el caballero, preparaos á pasar por delante de muchos centinelas.» En efecto, al primer ángulo que dieron vuelta, encontraron un soldado, que les pidió la palabra de orden. D'Aurival dió dos palmadas y replicó *Misterio* cuando *Liesse* fue pronunciada. Por segunda vez los salvó el mismo medio: entonces principiaron á subir por una rampa suave, que elevándose en espiral al rededor de una columna de ladrillo, los condujo á una sala en que vieron depositados diversos trages, máscaras y espadas: allí, sin duda, los templarios se disfrazaban ó revestian los hábitos de su orden.

Salieron silenciosamente, y subieron una última escalera que, de la Torre de San

Juan, conducía á la sala de los archivos. Allí terminaban las secretas mansiones, donde los templarios ocultaban tantas infamias: por lo tanto, una guardia numerosa custodiaba aquel punto. Su gefe, viendo á d'Aurival y su compañera salir por la trampa que habian levantado, le preguntó donde iba con aquella linda jóven?

—No ignorais, caballero, que las mujeres una vez introducidas en este subterráneo, conocido solo de nosotros, no pueden salir de él, y yo debo asegurar vuestra persona, puesto que violais uno de los artículos mas sagrados de nuestro reglamento.

A este obtáculo imprevisto, Elfegia lanzó un profundo suspiro; pero d'Aurival herido por una súbita inspiracion, se aprocsimó al templario y le dijo al oido:—No permia Dios caballero, que yo infrinja nuestras instituciones: yo las respeto y me someto á ellas cuanto debe hacerlo un buen caballero. Pero esta belleza, cuya presencia estrañais, y os parece una trasgresion de la regla, no viene de nuestras comunidades: su procedencia es del monasterio de madama Eloisa, hermana de nuestro gran prior, y yo estoy encargado de conducirla á él mismo donde quiera que actualmente se halle. Así, guardaos de oponer obstáculos á la mision que desempeño,

pues tendriais que temerlo todo del gran prior, si vuestra obstinacion en detenerme, me obligase á revelar el nombre de la que estoy encargado de conducir.

Éstas palabras pronunciadas en tono firme, y por un hombre que parecia gozar de la confianza del gefe supremo, aturdieron al templario, recientemente admitido en la órden, é inclinándose ante d' Aurival le permitió pasar adelante. Este fué el último obstáculo que encontraron. Los primeros rayos del sol brillaban cuando salieron de la torre de San Juan: atravesaron el palacio del Temple, y corrieron rápidamente al del duque d' Auvillars, donde Elsegia ofreció á d' Aurival un asilo seguro.



Odila, privada de su amiga y del trovador, tan caro á su corazon, deploraba continuamente la falta de ambos. Siniestros sueños le representaban á Elfegia victima de los culpables amores de d' Aigremont, y á Arnaud Vida! ensagrentado y tendido sobre un campo de batalla. Aquel dia precisamente, le vantada antes del nacimiento de la aurora, buscaba alguna distraccion en una lectura á que no podia sujetar su imaginacion estra-

viada, cuando llamaron á la puerta de su aposento: sorprendida de que tan temprano vienesen á buscarla, preguntó quién la incomodaba á aquella hora?

—Señorita, la dijo una de sus sirvientas; dos templarios se han presentado á las puertas del palacio, y pretenden veros. En vano les hemos hecho presente lo indebido de la hora; han insistido imperiosamente, diciendo que os traen noticias que por saberlas no sentiriais dar mil escudos de oro del sol (4).

Esta obstinacion escitó la curiosidad de Odila, sin imaginar, no obstante, lo que los templarios venian á comunicarla, pensando alternativamente que su procedencia seria del ejército, ó que tal vez llegaban de Paris con noticias del duque d' Auvillars, porque no creia de modo alguno que el Temple de Tolosa tuviese aun relaciones con el palacio del padre de su amiga. Mandó, pues, que se les hiciese entrar en el salon, y no tardó en bajar á él. Uno de los templarios se mantenía separado, y el otro aproximándose á Odila la dijo:

—Una amiga que os es muy querida, la

(4) Moneda llamada así por la figura resplandeciente del sol que tenia grabada.

piadosa Ambrosina, me ha encargado venir á ..

—Ah! caballero, interrumpió Odila, os ha hablado de la duquesa d' Auvillars?

—Si, sin duda, señora, y mi venida es á decirlos que aquella noble jóven contaba con salir hoy del monasterio, y queria anunciaros su regreso.

—Caballero! no me engaÑais? Qué! mi Elfegia me seria restituida? Será cierto que las puertas que me la ocultan se abran para dejarla salir?

—Las puertas están constantemente cerradas; pero vuestra amiga ha tomado otro camino, ya ha salido del monasterio, y acaso está ya muy próxima á este sitio.

—Donde está? pues.

—Serenaos.

—Seriais vos su libertador?

—Muy al contrario, señora, yo la debo mi libertad, y conduciendo aqui sus pasos....

—Seriais vos? exclamó Odila corriendo al segundo templario.

—Odila!

—Elfegia!

Y estas tiernas amigas se estrecharon en sus brazos: si Odila no perdió el sentido, fué porque la amistad satisfecha le prestó nuevas

Tuerzas, y encontró la salud, el placer y el valor en los abrazos de la duquesa. Ella quería también hacer partícipes de su alegría á la numerosa familia de la casa; pero Elfe-gia mas prudente, creyó que en las actuales circunstancias convenia mas guardar un profundo silencio sobre su evasión, que esparcir el ruido de ella. El caballero d' Aurival, é quien se consultó, fué de la misma opinion y se resolvió que solamente se haria confianza del ama de gobierno y de algunos criados, con cuya discrecion se podia contar.

D' Aurival permaneció allí también hasta la noche; pero cuando esta llegó, su impaciencia no le permitió ya subsistir mas tiempo lejos de la fortaleza en que su Ombelina debia estar encerrada. Así despues de haber trocado su trage de templario por los vestidos de un simple aldeano, partió con un palo en la mano, y fué á dormir en la aldea de Deyme. El siguiente dia temprano, despues de haberse acabado de disfrazar de manera de no poder ser reconocido, siguió su camino, y llegó hasta el primer recinto del castillo.

Entre tanto Elfe-gia estaba impaciente por alejarse de Tolosa: el temor de volver á caer en manos de la abadesa Eloisa, que podia tal vez llevar su audacia, escudada con la volun-

tad del duque d' Auillars, hasta reclamarla por fuerza, y sobre todo, el terror de ser otra vez victima de alguna nueva trama del detestable d' Aigremont, la empeñaron á refugiarse inmediatamente al lado de madama Elfidia, su tia. Ella imaginó tomar su camino al través de los dos ejércitos enemigos. Siendo parienta próxima de Juan de Grailles, capital de Buch, no dudó obtener de él socorro y proteccion para llegar hasta Langon, donde debia hallarse la baronesa Elfidia.

En sus cálculos ignoraba Elfegia que el mando del ejército francés habia pasado á su mas mortal enemigo, al gran prior del Temple, en fin. Por cierto que la seguridad de semejante noticia, hubiera turbado el secreto placer que se prometia, de ver á su paso al señor de Levis, y Odila de buena gana hubiera renunciado al deseo de hacer ostentacion en presencia del trovador Arnaud Vidal, de los progresos que habia hecho en su ausencia. Partieron, pues, inmediatamente, escoltadas por doce hombres armados, comprendidos en ellos sus escuderos. El primer dia fueron á dormir á Granada, y el siguiente salieron un poco tarde: los caminos estaban malos, y acaeció una averia en la litera, lo que las atrasó hasta tal punto, que era cerca de media noche cuando llegaron á las

cercanías de Beaumont de Lomagne. Lo demás nos es ya conocido.

La desesperacion de Elfegia fué sin límites cuando se vió en poder de los bandidos, no porque los creyese salteadores ordinarios, sino sospechando que semejante emboscada estuviese dispuesta por órden de d' Aigremou. Así al entrar en el antiguo castillo que habia pertenecido á la casa de Lomagne, enlazada con la familia d' Auvillars, ella creyó penetrar en el lugar de su deshonra y de su muerte. Con qué júbilo vió brillar el instante de su libertad! Y cuánto se aumentó cuando tuvo la convicción de que la debia al marqués de Levis! Dejémoslos á su entrada en el campo, y aquí es necesario retrogradar, é instruir al lector de lo que pasó en aquel lugar desde la partida hasta el regreso del caballero Adolfo.

El trovador Arnaud no habia acompañado á su amigo á la tienda del gran prior de la órden de san Juan de Jerusalem. Ocupado de la batalla que debia darse el dia siguiente, se habia quedado en su tienda pensando en su Odila, y soñando en el porvenir. Queriendo distraer las sombrías ideas que de vez en cuando le asaltaban, tomó su árga, y á la claridad de la luna, en el silencio de la noche, entonó el siguiente romance, compues-

to en los primeros tiempos de su amor á la seductora Odila.

El amante discreto.

No de la que idolatro
saber el nombre quieras,
pero de mil maneras
te la retrataré.
Amor todo es misterios,
y goza en el recato,
y así con su retrato
nombrarla escusaré.
Es linda cual ninguna,
como pocas sensible,
en virtud inflexible
y encantadora á fé;
su edad la de las gracias,
su boca cual la rosa,
llamándola «la hermosa»
nombrarla escusaré.
Su rubia cabellera,
su frente noble y pura,
su elegante cintura,
su diminuto pie;
sus ojos celestiales
donde el amor rebosa

la hacen «la mas hermosa»
y así la nombraré.

A tan bella pintura
solo añadir me resta,
que es tan sabia y honesta
como ninguna fué.

No mas señas me pidás
de mi adorada bella;
todo es hermoso en ella,
mas no la nombraré.

Asi corria el tiempo para el trovador, y Adolfo de Levis no volvia: sin concebir inquietud alguna se fué á buscar el sueño, y agradables ilusiones le hablaron en él por de pronto de triunfo y de amor; pero en seguida revistiéndose de colores mas sombríos, le pareció ver á su amigo perseguido por un mónstruo gigantesco, cubierto estrañamente con los harapos de un manto de templario: asiale, y le rodeaba con los vastos pliegues de su enorme cola. Esta singular vision despertó á Arnaud Vidal: reflexionó en ella un momento, y arrojándose prontamente del lecho, se vistió á la ligera, y corrió á la tienda del marqués de Levis.

Con una inesplicable opresion del corazon, supo por sus escuderos que no habia vuelto, y que por casualidad se habia sabido que

después de separarse del gran prior de san Juan de Jerusalén, había salido del campo con un caballero desconocido, y se habían introducido los dos en la espesura del vecino bosque. Esta funesta relación consternó al trovador; por todas partes envió gente en busca de su amigo, y corrió él mismo.

Entre tanto ya en el cielo se veían debilitarse insensiblemente los resplandores de las estrellas: el Oriente se teñía de un ligero matiz de plata y púrpura, y Arnaud volvió desesperado á la tienda del señor de Levis: apenas había entrado en ella, cuando un mensajero vino á traer al marqués la orden de hacer formar su escuadrón en batalla á la izquierda del ejército, queriendo el gran prior emprender el ataque antes de la salida del sol.

Este mensaje sorprendió á Vidal hasta el último punto: pero inspirado súbitamente por la santa amistad que dominaba en su alma, replicó al mensajero que el señor Adolfo, después de haber pasado una gran parte de la noche en combatir á unos malhechores que habían tenido la destreza de arrastrarle fuera del campo, acababa de llegar en aquella misma hora, que en el momento se vestiría, y no tardará, añadió, en el ejecutar movimiento que le prescribe else-

ñor d' Aigremont. Dada esta respuesta y retirado el paje:

—No, exclamó el trovador! no, amigo mio! el crimen no obtendrá el éxito con que se lisonjea! Víctima de la perfidia mejor manejada, se ha querido robarte la gloria; se espera por tu ausencia arrebatarte el honor que es tu ídolo. Y bien! yo me encargo de burlar esas inícuas tramas.

Sin duda no tengo tu valor, pero la amistad y ese Dios que la mira como su mas bella obra, me darán una nueva energía. D' Aigremont llama al marqués de Levis: el trovador Arnaud Vidal se le presentará. Acaso á mi vez seré infamado con una odiosa sospecha: mi repentina ausencia dará un golpe de muerte á mi fama. Ah! debo detenerme en este pensamiento? Un oscuro guerero debe pretender ser notado? y ademas, qué importa! el que ama de veras no teme sacrificios por grandes que sean.

Así se hablaba á sí mismo el sensible y generoso trovador. Apresurose á vestirse una de las armaduras del marqués de Levis: el escudero particular de este, en quien pone su confianza, le admira y le aplaude. Coloca sobre su frente el casco de plata con el triple penacho negro y amarillo: el escudo de oro blasonado con los negros jebrones

pende de su brazo. Toma la coraza, sobre la cual un hábil artífice hacincelado el baston de los antiguos mariscales de la fé, emblema distintivo de la ilustre familia de Levis.

(1) Armase con su fuerte espada, y se hace traer un corcel mas blanco que la nieve, conocido de todos los caballeros, y cuya hermosura admiró d' Aigremont la vispera misma de aquel día, que iba á ser memorable.

Con este notable equipaje, hace formar su escuadron, y puesto á su cabeza, parte al gran trote á ocupar el puesto que el templario le ha indicado. Su camino le condujo delante de este último, que, con Mesalvo parece confundido á la vista del señor de Levis, y sin poder resolverse á hablarle le vuelven el saludo en silencio.

Entre tanto el resto del ejército está de pie: cada uno se apresura á responder á la señal que dan los brillantes clarines, y que los ecos lejanos han repetido ya. Los batallones se forman por escalones. A aquel aspecto, los ingleses salen tambien de sus atrinchamientos: sus aguerridas tropas se colocan

(1) Las poesias de Arnaud Vidal existen aun en las colecciones de la academia de los juegos florales.

en órden de batalla, y en tanto que los franceses entonan el himno del célebre Roland, ellos repiten en coro los cánticos de Alfredo, su antiguo monarca, guerrero valiente y bar-do celebrado.

El sol no habia aun iluminado el horizonte, cuando un prolongado redoble de tam-bor se hace oír en los dos ejércitos. A esta última señal los ginetes ponen sus lanzas en ristre: los arqueros con rodilla en tierra ar-man sus arcos, y todos se preparan alterna-tivamente á una defensa obstinada y á un ata-que mas vigoroso aun.

Arnaud Vidal fué el primero que partió: el uso constante de su amigo era dar siempre los primeros golpes, y el trovador habria creído imitarle mal, si no se hubiese confor-mado á esta noble conducta. Su acerada lan-za hirió sucesivamente al senescal de Villan-dran, de la antigua casa de Pons, y á Ger-man Alberie, que se decia descendiente de los antiguos duques de Guiena, cuyas armas ostentaba en su escudo. Un feroz potevin es-peró detenerle en su carrera: tres mazas de oro estaban pintadas sobre su escudo, y su orgullosa divisa decia: *Maille maillet: nul ne s' y frotte*. Montado sobre un soberbio an-daluz, lleno de fuego avanzó como á una vic-toria segura; pero su lanza conmovió apenas

á la del trovador, y la de este le hizo volar ligeramente contra la tierra, quebrándose en su caída por los riñones.

En otro lado el caudillo Buch en persona sostenia la accion en el cuerpo principal del ejército. Su terrible espada no caia jamás en vano. El caballero Audibert fué el primero que sucumbió á sus golpes. Una amante querida esperaba su regreso para estrechar los nudos del himeneo. Ah! ya aguardaria en vano: estaba resuelto que no la volveria á ver, y espiró pronunciando el nombre de Luisa de Montrevil. Dos de sus amigos, Calmon y Jordan, se lisonjearon vengarle: ellos corren á la vez contra Juan de Grailly, y los dos vencidos, despues de una obstinada lucha, fueron á reunirse con su amigo. Mas lejos, aquel guerrero formidable ataca tambien á Bernardo de Roais, Augusto de Maignac, Andrés de Montaut, primo del templario de este nombre, y todos perecen. Apenas Olderico ha sabido esta triste noticia, cuando con la indignacion en la alma vuela á combatir al osado caudillo.

—Juan de Grailly, le dijo, vuelve hácia mí tu espada, que acaso esta vez engañará tu valor. Mi primo muerto por tu brutalidad, me ha dejado el deseo de hacer recaer su sangre sobre tí.

—Montaut, le respondió el guerrero, eres demasiado jóven para batirte con un caballero experimentado en numerosos encuentros. Tú quieres vengar á tu pariente! teme mas bien sufrir la misma muerte que él.

—Esa suerte podrá caberme; pero el temor no me retraerá de cumplir el voto que he formado.

Dijo, y con las lanzas en ristre, se precipitan uno contra otro. El águila que cae desde lo alto de los aires sobre su presa, la rápida flecha lanzada por un fuerte arquero, son menos ligeras que los dos caballeros: sus lanzas se rompen contra los escudos: mil centellas vuelan á la vez; pero este choque terrible apenas conmueve á los dos combatientes. Los corceles menos valientes han caido sobre su grupa, desarzonando á los ginetes, y estos á un mismo tiempo echando pie á tierra, tiran de sus formidables espadas, y van á comenzar un combate mas espantoso aun. Se les ve mirarse, adivinarse el uno al otro. Cada uno con sus pasos sigue los de su adversario: ellos varian alternativamente el ataque y la def-nsa, burlando al arte con el arte, la ficcion con la ficcion. Si se descubren de una parte, es para sorprender mejor á su enemigo, porque su golpe de vista es tan rápido como el pensamien-

to. Ellos aprovechan el mas ligero momento de distraccion; pero la falta es tan pronto reparada como cometida, y el espectador asombrado permanece indeciso, sin poder afirmar quién será el vencedor, ni quién perderá la vida en aquel combate sin ejemplo.

En torno de los caballeros, los soldados de los dos partidos, guiados por la curiosidad, han hecho un momento de tregua. Apoyados en sus picas, esperan en silencio á proclamar al vencedor.

Juan de Grailly temblaba de cólera al experimentar una resistencia que jamás habia encontrado, y poseido de indignacion jura vencerla.

Olderico de Montaut estaba conmovido por otro sentimiento: sentia, sin duda, á su primo; pero el recuerdo de Adelina le animaba mucho mas. El la habia perdido: un enemigo oculto se la habia arrebatado sin remedio, y al mismo tiempo concebía que un templario no podia aspirar á gozar de un amor legitimo. Demasiado débil para desprenderse de una pasion tan estremada, temiendo ser arrastrado por ella á criminales errores, buscaba á la vez la muerte y la victoria.

Entre tanto prosiguen su contienda. Olderico ofrece un momento el defecto de su coraza: el capal de Buch va á herirle; pero

por este movimiento deja él mismo su flanco sin defensa. Montaut lo advierte: de un solo golpe rechaza el hierro que le amenaza, hiere con el suyo á su enemigo y pronto como el relámpago, vuelve á ponerse en guardia y se cubre con su escudo. Juan de Grailly ha visto correr su propia sangre. Lleno de cólera y de horror, irritado por el dolor que experimenta, levanta la espada y la voz, y por un ataque tan hábil como veloz, empuja, oprime, asombra á su enemigo: reuniendo todas sus fuerzas, imprime á su acero un movimiento tan impetuoso, que á la vez hace temblar la tierra y gemir los aires. Olderico no puede ya atacar, viéndose limitado á defenderse. Apenas respira, nada puede libertarle del corage y los esfuerzos de Grailly.

En vano ha roto en mil piezas el escudo de su antagonista condecorado con una cruz negra sobre el campo de plata, y cantoneado de cuatro conchas del mismo esmalte: él trata, sin suceso, de resistir mas largo tiempo á la muerte que le está reservada. El acero de Grailly ha cortado las correas que sujetan su casco, y por un revés terrible, le ha hecho en la garganta una enorme herida, que no tardará en arrancarle la vida. Satisfecho de haber abatido un adversario tan formidable, el caudillo siente renacer en su corazon su

natural generosidad.

— Noble Montaut, le dice con voz enternecida, tú merecias una carrera mas larga; no es lastimoso ver espirar asi tantos valientes, mientras los cobardes prolongan sin cuidado sus dias!

Pero en vano habla: Olderico no puede oir ya sus lamentos. Ha pronunciado el nombre de Adelina, y su alma tan bella ha subido hácia la bóveda celeste en medio de un concurso de espíritus inmortales, reunidos para recibirla. No queda ya de él sobre la tierra mas que un despojo sangriento, y una fama que no perecerá jamás.

Este último hecho del señor de Grailly parece decidir el destino de la jernada. El caballero de Turreil y Rosel, que llevan sobre plata la banda de gules, se obstinan en detenerle: los hiere, los derriba y se deshace igualmente del ilustre Isalgier, cuya bandera de gules presenta una flor de isalga de plata, y de Juan de Grammont, con su escudo azul con tres bandas doradas.

El mismo Maurand, cuya raza está ya hoy estinguida, Maurand, uno de los mas valientes guerreros de Tolosa, y cuyo escudo xaqueelado de oro y de gules fué constantemente el terror de los ingleses, sucumbe bajo la devoradora espada del captal, que llega has-

ta el centro de las filas del ejército francés.

En tanto que, despues de la muerte de Montaut, aquella parte de las tropas combatia con tanta desventaja, Arnaud Vidal habia desecho enteramente ei ala derecha que se le oponia. Iba persiguiendo los débiles restos de ella hasta las orillas del Gimona, cuando un escudero viene apresuradamente á anunciarle de parte del gran prior el peligro en que se encuentra y la urgente necesidad de un pronto refuerzo.

El trovador, á pesar de su odio al templario, no titubeó un momento en lo que debia hacer. Los resentimientos particulares debian ceder ante el interés de la patria: repliega pues sus escuadrones, y por una marcha hábil y rápida viene a tomar el flanco del enemigo.

Este nuevo é imprevisto ataque introduce por de pronto la confusion en sus filas. Vidal arrolla todo cuanto se le opone, y los mas firmes guerreros sucumben á sus golpes.

Derby es el primero, síguete Mortimer y Neudond y Wallace pagan con su vida la audacia con que quieren detenerle. Pery los reemplaza; pero ni él, ni Sunderland ni Ásgil pueden defenderse con mejor éxito. Los ca-

balleros que siguen al trovador le imitan. Bertran du Pujet derriba al fuerte Walsingau: Hugo de Palais combate con igual ventaja con el conde de Blayes. El vizconde de Maulcon espira bajo el poderoso acero de Carlos de Puisegur. En un momento ante tan terribles adversarios, los ingleses se ven obligados á retroceder.

El captal de Buch que se creia seguro de la victoria, se estremece de rabia al pensar que se esperaba arrancársela todavia. Mas veloz que el rayo, corre al centro de la pelea para restablecer el órden, y los golpes de su espada escarmientan á los mas atrevidos. Duborn, Caulet y Polastre pagan bien cara su imprudencia. Borrásol mas vigoroso le detiene un momento, pero resbala su pie en la sangre recientemente vertida, cae, y el captal se aleja sin quitarle la vida. Mas adelante el valeroso Roquemaurel le ataca con un vigor estimulado por la amistad que profesaba á Montaut. Pero Grailly siempre invencible iba á darle un golpe mortal, cuando su furor fué distraido por la vista del trovador, á quien tuvo del mismo modo que todo el ejército, por el señor de Levis.

Aquí dió principio un combate mas terrible que todos los que hasta aquel momento se habian dado. El captal tenia pocos caba-

llos que pudiesen serle comparados. Arnaud Vidal en la batalla que se daba no había encontrado ninguno. La fama de Levis era un resplandor que Grailly deseaba ardientemente oscurecer. El trovador no ansiaba menos conservarle sin tacha: así se atacaron con un vigor inaudito que hizo estremecer á todos los valientes que los rodeaban. Uno y otro ejército suspensos, incierto, contemplan un espectáculo tan nuevo y terrible: divididos entre el temor y la esperanza aguardan silenciosos el fin de aquella terrible lucha. Todas las miradas siguen los movimientos de los combatientes: entre tantos espectadores no se ve un gesto, no se oye una palabra; todos permanecen mudos é inmóviles.

Los dos guerreros emplean cuanto pueden la fuerza, la destreza, el valor, la cólera y la desesperacion. Pero el ascendiente del caudillo inglés iba acaso á sobrepujar. Vidal no se atrevia á conocer que sentia entorpecerse su brazo, cuando de repente un rumor imprevisto rompe el silencio general. Oyense clamores por todas partes, las filas distantes pronuncian el nombre de Levis. Los soldados agrupados miran y se estremecen. Levántase un grito general: qué! los franceses tienen dos Levis!

En efecto, en aquel momento dos guerreros

llevaban la misma armadura, igual penacho flotaba sobre sus cascos, é idéntico blason ennoblecia su escudo. Pero por grandé que fuese el valor del trovador Vidal, el del verdadero Levis, era sinigual. Acababa de llegar en aquel momento conduciendo á los dos jóvenes amigas que habia libertado. Sabiendo en su tienda la generosa resolución del trovador, impaciente tambien por mostrar su denuedo y su reconocimiento, venia abrasado de la triple llama del amor, de la amistad y de la gloria.

A veces un viajero caminando sobre las estrechas cornisas que circundan los elevados Pirineos, ve una gigantesca roca desprendida de un pico elevado, por la fuerza del rayo, precipitarse en los profundos barrancos por donde corre un espumoso torrente. Ni los abetos arrancados, ni las piedras enormes que encuentra á su paso, ni los rellanos que atraviesa, nada puede poner límites á su impetuoso impulso. Los árboles, las casas, los ganados, todo lo que se halla en la linea de su carrera es derribado y desecho, y aun despues de algun tiempo de haberse detenido, el eco repite todavia el prodigioso ruido que le ha motivado.

Tal, y mas rápido, mas temible, mas invencible aun, Adolfo de Levis se ha lanzado

á la vista del peligro mortal que amenaza al trovador. La espada de Adolfo está aun en el aire, y ya conoce cada uno la suerte del capital de Buch. El mismo se llena de asombro: el caballero que se aproxima le parece el mas formidable de todos los que ha vencido. Pero lejos de atemorizarse se pone en defensa: vana precaucion! Adolfo le ataca, y el primer golpe que le da termina el combate. El casco del captal, el casquete de acero que lleva debajo, ceden á tan cortadora espada, que penetra tres dedos en el cráneo, y cuando Levis la retira, Olderico de Montaut está vengado, la batalla ganada, y los ingleses en completa derrota.

A la vista de la increíble accion de Levis, los nobles franceses recobran nuevo valor. En vano sus enemigos se acogen á sus atrinchamientos; la persecucion es tan inmediata, que vencidos y vencedores entran en ellos al mismo tiempo. Los muros de Beaumont son forzados igualmente, y sobre el elevado torreón del castillo planta Levis por su mano victoriosa la bandera blanca sembrada de lises de oro, mientras la bandera inglesa, cargada de odiosos leopardos, voltea á merced del viento, arrancada y precipitada por el valeroso trovador.

A despecho de su ardiente deseo de ser-

vir á la causa inglesa, el gran prior se ve obligado á seguir el impulso general; pero á lo menos, si no ha podido impedir la derrota de los enemigos de la Francia, trata de disminuirles las consecuencias de tamaña desventaja. El marqués de Buckingham, que habia tomado el mando del ejército inglés, despues de la muerte del capital de Buch, se apresuró á proponer una tregua al templario d' Aigremont, y este, sin sacar partido de lo que semejante victoria ofrecia de favorable, concluyó un tratado tal, que el mismo Buckingham no se hubiera atrevido á solicitarlo.

El honor de esta jornada pertenecia todo entero á los dos amigos. D' Aigremont precisado á hacerles justicia, como era debido, supo, estremeciéndose, la muerte de Peraldo, la inesperada libertad de Levis, su victoria, y su próxima felicidad; porque en tanto que en Guiena se disputan algunas leguas de terreno, Felipe el Hermoso, mas diestro y mas feliz que su competidor, acababa de asegurarse un ascendiente prodigioso sobre todos los monarcas de Europa, consiguiendo para un súbdito suyo el trono de san Pedro; y en el capitulo siguiente veremos por que medios Bertran de Goth, arzobispo de Burdeos, llegó á ceñir la triple corona, y cómo

su exaltacion fué el instante que señaló la ruina de la poderosa órden de los caballeros del Temple.



LIII.

El papa Benedicto XI acababa de morir, como hemos dicho mas arriba, y los cardenales se habian reunido en cónclave en Perusa, para darle un sucesor. Hechuras, casi todos, del penúltimo papa, el fogoso Bonifacio VIII, se presentaron con sentimientos poco favorables al rey de Francia, á quien miraban como la causa primera de la muerte de aquel pontífice: así se habian propuesto no elegir sino un enemigo de la Francia, que sostuviese

y respetase la memoria de su bienhechor. Esta faccion era la mas numerosa; pero la de los Colonas, enteramente declarada por el rey, no dejaba de ser poderosa, y sin su concurso no podia hacerse la eleccion.

Los intereses de estos dos partidos tan opuestos, no pudieron armonizarse jamás: la obstinacion de una y otra parte fue invencible, y estuvieron mucho tiempo sin poder encontrar medio de conciliarlos. En fin, un escándalo tan grande, que dejaba la Iglesia universal sin pastor, ablandó á los Colonas; y los gefes de la faccion francesa, teniendo á su cabeza los cardenales Nicolás di Prato, dominico, obispo de Ostia, y Napoleon de los Ursinos del Monte, imaginaron un espediente, para contentar á los Cayetanos, y hacerles caer en el lazo que les habian tendido. Convínose en que estos últimos propondrian tres sugetos que no fuesen de su pais, y que aquel de los tres que los franceses nombrasen en el espacio de cuarenta dias, seria unánimemente proclamado por todo el sacro colegio.

Los Cayetanos satisfechos, y creyendo haber ganado la victoria, propusieron tres arzobispos, todos hechuras de su tio, sus confidentes, y hasta entonces, enemigos de Felipe el Hermoso.

El primero era Bertran de Goth, arzobispo de Burdeos, de una de las primeras casas de Gascoña, íntimo amigo de Bonifacio, el mas animado de todos contra los franceses, que en una de sus expediciones en Guienna, bajo el mando del duque de Valois, hermano del rey, habian maltratado mucho á su familia, saqueado sus posesiones, y por lo mismo mas agradable á la faccion italiana, que esperaba que aquel espíritu altivo y vengativo, no dejaria de estallar contra Felipe. Pero hay una injuria que no se olvidó hasta con placer, cuando por este medio se puede llegar á la dignidad mas eminente á que un hombre puede aspirar? Esto es lo que tranquilizaba al cardenal di Prato, principal motor de esta intriga: 'él conocia el carácter ambicioso del prelado: creyó que sacrificaría sin dificultad su resentimiento al honor de la tiara, y no se engañó en su cálculo. Apresuróse pues, á poner en conocimiento del rey lo que pasaba, advirtiéndole que no podia retardar la eleccion, aconsejándole ponerse de acuerdo con el arzobispo, y prometiendo hacer una dilacion de algunos dias, si era absolutamente necesario.

Felipe supo esta noticia con una estrema alegria: inmediatamente escribió al arzobis-

po en los términos mas afectuosos, rogándole se encontrase en cierto paraje, para conferenciar juntos sobre materias de la mayor importancia. El sitio en que debía tenerse la entrevista era un bosque, á fin de tener menos testigos del ajuste que iban á hacer: este bosque (era el de San Juan de Angeli) tenia en su recinto una abadía, á la que se dirigieron Felipe y Bertran, cada uno por su lado, con el mayor secreto y poca comitiva: oyeron primero misa, y en seguida hicieron juramento sobre el altar, de guardarse fidelidad y sigilo. Despues el monarca llamando aparte al prelado, le preguntó, si por consideracion á él, queria reconciliarse con el conde de Valois, su hermano. El prelado le respondió que S. M. le hacia demasiado honor, y que no podia rehusar cosa alguna á tan gran principe.

—No es esto solamente lo que aqui me trae, continuó el rey: depende tambien de mí haceros papa; mas para merecer la gracia que os ofrezco, es necesario que vos me concedais seis cosas. Entonces le enseñó las cartas de los cardenales y le descubrió la maquinacion del de Prato. El arzobispo trasportado de júbilo se arrojó á los pies del monarca.

—Si, le dijo, ahora veo que me amais ver-

daderamente: todo mi pesar es no haber merecido vuestras bondades; pero mandad, se-reis obedecido.

El rey le levantó, le abrazó, y le esplicó asi su voluntad.

—Lo que yo os pido es: 1.º reconciliarme enteramente con la santa Iglesia: 2.º que revoqueis todas las censuras fulminadas contra mi persona, mis ministros, mis súbditos y mis aliados: 3.º que me concedais por cinco años los diezmos de mi reino: 4.º que reprobeis auténticamente la conducta de Bonifacio: 5.º que restablezcáis á las coronas en sus dignidades, y que eleveis al cardenalato algunos amigos míos. En cuanto á la 6.ª petición, me reservo declararosla en tiempo y lugar, porque es importante y secreta.

La opinion general de los historiadores es que esta última era la destruccion de la órden del Temple, ya resuelta por el rey, y para la cual era indispensable la cooperacion del santo padre.

El arzobispo en todas sus peticiones no encontró cosa superior al pontificado, cuya dignidad hubiera comprado á mas precio aun; lo concedió todo, y juró por el nombre de nuestro Salvador cumplir su promesa, dando por rehenes á su hermano y dos de sus sobrinos, Raimundo de Goth, y Amaniel de La-

mothe, hijo de su hermana Elfidia.

Felipe, por su parte, prometió hacerle elegir papa, é inmediatamente despachó un correo á Perusa, informando al cardenal di Prato que la faccion francesa podia hacer caer, con toda seguridad, la eleccion universal del sacro colegio en el arzobispo de Burdeos. Al momento se propuso reunir el cónclave para hacer la eleccion. Segun el convenio, se ratificó de nuevo el tratado por cartas y por juramento. Entonces el cardenal di Prato declaró que de los tres propuestos por la faccion italiana, él elegia, con todos los de su partido, á Bertran de Goth, arzobispo de Burdeos. Los Cayetanos aplaudieron la eleccion: cantóse el *Te Deum*, y el nombramiento fué publicadó con todas las muestras de un regocijo y satisfaccion universales. Despachóse inmediatamente un correo para llevar la noticia al prelado gascon, que la aguardaba con impaciencia. De este modo fueron engañados los de la faccion de Bonifacio, que creian tener por papa á aquel que les inspiraba mas confianza. Bertran estaba en Lusignan en el Poston, cuando recibió las cartas del sacro colegio: al momento marchó á Burdeos, donde hizo publicar el decreto de su eleccion, tomando el nombre de Clemente V.

En su entrevista con el rey de Francia, su primer cuidado fué pedirle desde luego la libertad del duque d' Auvillars, su cuñado, que continuaba encarcelado en Paris.

Felipe en el estado presente de las cosas no podia rehusar al futuro pontífice una cosa que, en suma era poco importante: así, pues, ordenó inmediatamente la libertad de su ilustre preso, contra el cual no habian resultado tampoco pruebas precisas, encontrandose únicamente las de su defeccion, en delaciones secretas, que es tan fácil envenenar.

En seguida el arzobispo habló de establecer una sólida y duradera paz entre las coronas de Francia é Inglaterra. El rey accedió tambien á esta proposicion, y sobre las esplicaciones que se hicieron, fueron nombrados plenipotenciarios por una y otra parte, para tratar de los diversos intereses de las dos potencias.

El dia siguiente al de la batalla de Beaumont, recibió el gran prior del Temple tan desastrosas noticias, y el pesar que le causó fué tan vivo, que en el momento se decidió á dejar el ejército y restituirse á Tolosa. Mesalvo le instaba fuertemente á tomar este partido, temiendo siempre que Levis llegase á descubrir el autor de la trama, de que le

faltó poco para ser victima, y que entonces la justa cólera del jóven héroe recayese toda entera sobre él. En Tolosa, y al abrigo de los muros del Temple, le parecia que estaria mas seguro. Por otra parte habia sabido tambien la evasion de d'Aurival, y esto le inspiraba nuevos terrores.

Entregando pues el mando de las tropas al gran prior de la órden de san Juan de Jerusalem, á quien correspondia, d' Aigremont marchó con tal precipitacion, que nadie supo su viaje, sino cuando ya estaria á la mitad de él. Levis tampoco prolongó su mansion en Beaumont. La bella Elfegia habia recibido por un espreso la feliz noticia del próximo regreso de su padre: en su consecuencia renunció al proyecto de ir á reunirse á su tia Elfidia, creyendo mas oportuno regresar á Tolosa á esperar la venida del autor de sus dias. Tranquilas bajo la escolta de Levis y Vidal, por esta vez ella y Odila caminaron sin temor. Un ruero Peraldo habria tenido mucha dificultad en sacarlas de tan poderosas manos.

El duque, impaciente tambien por ver á su querida hija, se detuvo muy poco en París, fué primero al encuentro del soberano pontifice, tanto para felicitarle, cuanto para solicitar su favor hácia sus deudos; y despues

seguido de sus dos hijos se puso en camino para la capital de Langüedoc.

○ Cuán dulce fué la alegría de Elfegia al verse en los brazos de su padre! este sin embargo la manifestó alguna sorpresa de encontrarla fuera del monasterio, en donde la habia señalado su residencia. Entonces el trovador Arnaud Vidal, en quien tenia una suma confianza, le llamó aparte, y le refirió cuanto en su ausencia habia acaecido.

Indignado el duque al oír esta verídica relacion, lejos de ir á dar gracias á Eloisa, tuvo necesidad de toda la prudencia y sabiduria del trovador, para no ir en aquel mismo momento á hacer á la abadesa y al gran prior las reconvenciones que tan justamente merecian. Sin embargo, le fué imposible callar una parte de lo que sabia, y sus hijos fueron instruidos lo bastante para que el vizconde Aquiles se retirase de la órden del temple, en que aun no era mas que novicio, pasando á la de san Juan de Jerusalem.

D' Aigremont, por su parte, acusado por la voz de la conciencia, no se atrevió á parecer delante de Elfegia, ni á presentarse en la casa d' Auvillars, persuadido de que su conducta era ya conocida: él perdía tambien con la exaltacion del papa Clemente V, hasta la esperanza de vengarse de una familia que

le era odiosa; pero intereses de mas cuantia no debian tardar en ocuparle, como vamos á ver muy pronto. Diremos de paso, cuán estraña fué la sorpresa de la abadesa, cuando descubrió la evasion de Elfegia en la mañana siguiente á ella: sus mas intimas confidentas fueron testigos de su pesar, y no le fué difícil adivinar por dónde la duquesa habia podido sustraerse á sus persecuciones. En vano mandó seguirla: Elfegia estaba felizmente fuera de su alcance y Eloisa quedó con la impotente desesperacion de una engañada. No dudaba que la hermosa jóven habria sido secundada por la amistad de la madre Ambrosia; pero esta no la temia, y Eloisa declamando contra ella y amenazándola sin cesar, jamás se atrevia á dar la órden de su castigo.

El príncipe de Montalbano se decidió en fin á volver á Tolosa, reconveníase despues de algun tiempo su negligencia con respecto á la desventurada Adelina, y avergonzado de haber tardado tanto en restituirse á su lado, partió despues de haber confiado su querida hija, como hemos dicho mas arriba, á los triples cuidados de Roldo, Gilberto y la dama desconocida.

La época de su viaje fué pocos dias despues

del regreso del gran prior. La corta distancia que separaba á Montgiscard de Tolosa, fué bien pronto franqueada, y llegó temprano á su casa.

Al darla vista, observó no sin emocion las recientes señales de un incendio que aun no se habian hecho desaparecer enteramente. Arrojándose precipitadamente de su montura, entró en su morada, y encontrando á su discreta ama de gobierno, su primera pregunta fué por Adelina. A esta interrogacion no respondió mas que con lágrimas, y cayendo de rodillas ante su señor, la fué imposible hablar. Tales muestras de dolor, su fatal silencio, engendraron en el alma de Montalbano el pensamiento cruel de que las llamas, cuyos siniestros vestigios veia por todas partes, habrian acaso devorado á su sobrina.

Así durante un largo rato, estuvo en la imposibilidad de renovar su pregunta. La sirvienta al fin, haciendo un esfuerzo sobre sí misma, le dió cuenta de los sucesos acaecidos en su ausencia, el incendio de la casa, el rapto de Adelina, su libertad por el templario Olderico de Montaut, su mansion en la casa de la baronesa de Rochechouart, y en fin su última desaparicion.

Esta relacion arrancó lágrimas al sensible

Ludovico, pero le volvió tambien alguna fuerza: y sabiendo que de nuevo se habiarobado á su sobrina, no estuvo un momento suspenso acerca del nombre del raptor, proponiéndose sin mas tardanza libertarla prontamente de sus manos.

Entró pues en su aposento, sacó de un secreto armario vestidos correspondientes á su clase, mandó á sus dos criados tomasen la librea de su ilustre casa, y encaminóse en seguida al palacio del Temple.

D' Aigremont y Mesalvo estaban juntos reflexionando sobre la tempestad que parecia formarse en derredor suyo: secretos avisos llegados de París, advertian al primero que se habia tratado de desacreditarle con el monarca, y que aun acaso sus relaciones con la Inglaterra habian sido puestas de manifiesto á los ojos de Felipe el Hermoso. Esta siniestra comunicacion le hizo temer la implacable cólera del rey, y la exaltacion de Bertran de Goth al trono pontificio acababa de desconcertarle. Hacia largo tiempo que se miraban uno á otro como enemigos, y su conducta con respecto á los parientes del nuevo pontífice no era muy á propósito para encontrar en él benevolencia. En tanto que comunicaba sus temores á su confidente, un paje le anunció la visita del principe de Montalbano.

Este nombre, súbitamente pronunciado y sin ninguna preparacion, hizo estremecer á los dos templarios; su asombro fué tan estremado, que apenas d' Aigremont pudo hacer una señal de consentimiento para la introduccion de Ludovico. Al mismo tiempo Mesalvo mandó que se hiciese retirar á los caballeros y demás que hubiese en la sala contigua.

Montalbano se presentó. El aspecto sombrío y consternado de sus dos enemigos, le inspiró por de pronto cierto género de compasion; pero reflexionando muy luego sobre su vida pasada, recobró toda su indignacion contra ellos. Incapaces los dos de entablar la conversacion, apenas saludaron al príncipe; y este viendo su obstinado silencio, d' Aigremont, le dijo, el cielo pone un término á todas las empresas humanas: él fija, con su mano poderosa la época en que los mas negros delitos reciben su castigo, y en que, agotada su paciencia, esgrime la espada de su justicia contra el culpable que no se arrepiente. Vos teniais tanto deseo de conocerme, me lo habeis manifestado tan vivamente, que he creido al regresar á Tolosa, que mi primera visita os pertenecia á vos. Antes, sin embargo, de esplicarnos nosotros, necesito teminar con este (prosiguió señalando con el

dado á Mesalvo, que á aquella proposicion se estremeció de sorpresa y de temor.)

Sabes tú, en fin, quién soy yo, pérfido Loredani? Y no temes que la sangre de tu hermana reclame de mí una venganza tan pública como terrible? Tranquilízate, no obstante, yo no puedo olvidar jamás los lazos que á ti me unen, y no será Ludovico quien exigirá el momento de tu suplicio.

—Señor, interrumpió Mesalvo, he ahí un lenguaje bien extraño! de qué soy yo culpable? Las insidiosas acusaciones de un facineroso podrian adquirir á vuestros ojos tanta importancia?

—Tú le llamas facineroso hoy que te acusa, replicó Ludovico, y qué nombre le has dado en las épocas en que empleabas sus consejos y su brazo? Es él quien estaba interesado en hacer desaparecer mi hija? Roldo debia ser el heredero de su inmensa fortuna? es él ó tú, quien ha sabido disiparla? Desgraciado! qué! querrias aun negarlo todo! y mi presencia no te reducirá al mas absoluto silencio? Dónde está tu hermana? Que se ha hecho de mi hija? No ha terminado el veneno los dias de la una, y la otra no ha estado en el momento de ser la victima de tu execrable passion? Cesa, Loredani, de conservar tanta audacia! piensa que reduzco tu castigo á una

pronta fuga; pero mi paciencia tendrá límites, y si mañana te encuentras aun en Tolosa, si en quince dias no has abandonado el suelo de la Francia, entonces olvido lo que te he prometido, y mi venganza quedará á cargo de las leyes: demasiado sabes tú cuánto tendrías que temer de su inflexible equidad.

—Podriais vos?...

—Hacer un acto de justicia, castigarte como mereces. Ya te lo he dicho: todas las cosas tienen un término, y si Dios se cansa alguna vez de su misericordia, el hombre, tan imperfecto, podrá hacer mas que la divinidad? Te lo repito, y esta es la última vez: el dia próximo fuera de Tolosa; quince dias despues fuera del reino. No me repliques, ó tiembla!!

Ahora, gran prior, deseo saber de vos en qué lugar habeis ocultado á mi tierna Adelina: no permito rodeos ni excusas; quiero y exijo que me sea devuelta en el momento.

—Príncipe de Montalbano, contestó d' Aigremont, tanta altivez! un tono tan imperioso!.....

—Es el de la virtud irritada. Qué! vos conocéis, sabeis las terribles cuentas que tendré que pedirós, y vacilariais aun en satisfacerme! Yo necesito á Adelina: ella no puede

permanecer mas tiempo lejos del único protector que tiene en el mundo.

—Y qué derechos teneis sobre ella para reclamarla con tanta obstinacion? Sois su padre? y yo por mi parte, no puedo....

—Templario! vos nada podeis sobre ella: su padre no es quien ha seducido, engañado y hecho morir á su madre entre horribles dolores: quien durante tantos años la ha olvidado completamente; quien hasta la hora presente no ha manifestado el mas leve remordimiento sobre su conducta pasada. No, d' Aigremont, ese no es su padre; yo reclamo el titulo de tal; yo que la he cuidado desde su primera infancia, que la he educado, que he tratado de estirpar de su corazon el gérmen de las pasiones violentas, que tal vez habia recibido con la vida. Hé ahí mis derechos, ya os muestro mis atributos, y ahora osareis disputármela aun?

—Agoviadme con toda vuestra cólera, recordadme mis pasados errores: consiento en ello; pero renunciad á recobrar mi hija; yo quiero ocuparme en adelante en el cuidado de su felicidad.

—Eso que proponéis es impracticable: tengo un triste juramente que cumplir, y no se me acusará en tiempo alguno de haber faltado á lo prometido.

—Y qué juramento habeis podido hacer? con quién estais comprometido?

—Con mi hermana! con vuestra deplorable esposa!... Os estremeceis! escuchad sus últimas palabras, y decidme despues si no cumplo mi deber en rehusaros a Adelina. Sabed que sobre su lecho de muerte, conociendo vuestros vicios, vuestros delitos... No me interrumpais, os digo, hablo en nombre de una victima que ya no existe. Ay de mí! en el momento en que luchaba con la muerte, me recomendó proteger al miserable fruto de su error y de su ternura: ella me suplicó por todo lo que el cielo tiene de mas augusto, no separarme jamás de su hija, y no entregarla á su padre sino cuando reconocido de los escesos, hubiese por una larga penitencia manifestado su arrepentimiento. Decidme ahora si puedo cumplir sus votos, y si sois digno de mostraros á su hija como padre?

—Príncipe, vuestra posicion no os da derecho para abusar de la mia. Vuestras palabras son otros tantos insultos, y por pocos deseos que tengais de pedirme satisfaccion...

—Y cumpliríais, inmolándome, los deberes que teneis que llenar? No, d' Aigremont, nuestros aceros no se cruzarán; esta

es otra promesa solemne que me exigió la desgraciada Blanca. Pensais que sin estos nudos que me sujetan, hubiera yo tardado tanto en combatiros y castigaros? Vos mismo no lo dudais, Ludovico os es conocido, y podeis dar á su negativa el precio que merece; pero volvamos al objeto principal de mi visita: me entregareis á Adelina?

—Siempre persistis en esa resolucion? Ignorais que volviéndola al mundo vais á atravesar su corazon con el dardo mas doloroso?

—Qué quereis decir?

—Vuestra ausencia de Tolosa tal vez no os ha permitido saber los secretos de la hija de vuestra desgraciada hermana, salvada, como por milagro, de un violento incendio, por el templario Olderico de Montaut: conducida á casa de la hermana de este, ha sentido bien pronto en su corazon que al reconocimiento reemplazaba el amor; y este fuego culpable, que el honor no podia extinguir, la abrasa tambien en el asilo en que yo la he ocultado á las miradas de todos: allí continúa amando á ese noble caballero, y no sabe que en la guerra que acabamos de sostener contra los ingleses, ese objeto de su ternura ha quedado en el campo de batalla, y que los laureles de sus triunfos cu-

bren el féretro que le encierra para siempre.

—Ah! d' Aigremont! con que es imposible á los que os rodean no deberos alguna parte de sus desventuras? Desgraciada Adelina! el infortunio nació contigo, y no te dejará ni aun en el último asilo que elijas. Si, ya conozco que es necesario preparar mi sobrina á sus nuevos padecimientos; pero yo me encargo de este cuidado! Con respecto á vos, d' Aigremont, mi mision está concluida. Sin embargo, si para complacer á aquella cuya pérdida causásteis; si para no desesperar á su tio, que á pesar de vuestros delitos, os ama aun, consentis en dirigiros al castillo de Montgiscard, acaso en aquel lugar encontrareis la esplicacion de nuestros misterios; y el espectáculo que se os presentará, tal vez sea bastante para haceros entrar en vos mismo: me lo prometeis?

—Os doy mi palabra de ir pasado mañana. Entre tanto, sabed que Adelina está en el próximo monasterio, al cuidado de mi hermana, y podreis en adelante verla con toda libertad.

Aquí terminó esta importante conversacion. Antes, sin embargo, de dejar el Temple, Ludovico repitió á Mesalvo el imperioso precepto de abandonar la Francia; y este despreciable templario, hizo, rugiendo de cólera,

el juramento de obedecer con una estrema prontitud; pero juró tambien en su interior vengarse; voto impío, cuya ejecucion impidió el cielo, entregando á este mónstruo al suplicio que merecia. D' Aigremont acompañó á Ludovico hasta las puertas del palacio, y volvió á apresurar él mismo la partida de Mesalvo.



LV.

Ya lo hemos dicho en muchos capítulos de esta obra: Felipe el Hermoso había resuelto la destruccion de los templarios. Le era imposible perdonarles su orgullo, sus riquezas, ni el interes con que habian abrazado en todas ocasiones el partido de Bonifacio. Buscaba, pues, con perseverancia, el momento de anonadarlos, y la ocasion se

presentó. Las rentas estaban agotadas á consecuencia de los inmensos gastos que habia traído consigo la guerra de Flandes: el monarca recurrió á un medio que es siempre fatal á los estados, y cuyo beneficio inmediato para el príncipe, es seguido para los pueblos de una desventaja difícil de reparar. Este fue una refundición general de moneda, cuyo título y valor quedaba estrañamente alterado.

El pueblo, sobre quien pesaba toda la pérdida, se quejó altamente, y se negó á llevar su plata á la moneda. Los templarios no se irritaron menos. Su avaricia les hizo mirar este acontecimiento, que los atacaba mas particularmente por la mucha plata y oro que tenían, como una de las mayores desgracias que pudieran sucederles. Ellos hablaron con insolencia; el pueblo se agrupó, y esparcieron en él palabras ofensivas contra el príncipe. Alentaron á los amotinados, que corrieron á las armas, queriendo impedir por la violencia la ejecución del decreto.

Los caballeros del Temple no se mezclaron precisamente en el populacho, pero le animaron; y es incontestable que dos hombres que habian sido de su orden, y llevaban aun el hábito de ella, se pusieron

á la cabeza, é impulsaron al pueblo á resistir la voluntad del monarca. De estos dos templarios el uno era italiano y se llamaba Nofodei el segundo era el caballero Montfalcon, á quien hemos visto arrojado del castillo de Montgiscard, y perseguido por Mesalvo. No pudiendo perdonarle su insolencia hácia él, y la tentativa hecha contra Ombelina, se le habia hecho su proceso, y habia sido degradado de la órden, y condenado á prision perpétua. Nofodei era simple caballero: habiendo venido á Paris, sus vicios le ocasionaron persecuciones desagradables que fueron seguidas de penas infamantes, lo que obligó al capitulo general á degradarle tambien y espulsarle de la órden. Habianse sustraído los dos al castigo por la fuga, y vagaban de provincia en provincia. Se unieron á los rebeldes, y conocido su carácter no es necesario buscar otras razones de su ingreso en la sedicion. La esperanza del pillaje y de aprovechar la confusion para vengarse, les bastaban para tomar parte en ella.

El pueblo conducido por estos dos se em-
braveció, y principió por embestir la casa
de Esteban Barbet, tesorero general, la que
saquearon y demolieron enteramente. El rey
estaba á la sazón en el palacio del Tem-

ple; corrieron alli los sublevados, y le rodearon, pronunciando contra él palabras poco respetuosas.

El principe no tenia consigo mas que su servidumbre, que era muy poco numerosa: no habiendo ido al Temple, sino para una corta mansion, no tenia alli viveres, y se le traian del Louvre. Los sediciosos llevaron la insolencia hasta tomar los platos y arrojarlos ignominiosamente en el lodo.

El altivo Felipe al saber esto, se dejó llevar de un violento furor, jurando la destruccion de los rebeldes, y de los templarios, que eran los promovedores de este insulto.

Tres dias duró la sedicion, durante los cuales el rey tuvo bastante trabajo en defender la entrada del Temple. Pero en fin, habiendo llegado las tropas que habia llamado, el populacho amedrentado se retiró, y volvió á entrar en la obediencia.

Pero la indignacion del rey no se estinguíó tan pronto: hizo prender á los mas culpables, sin olvidar á los dos templarios, y mandó que fuesen severamente juzgados. Pero este negocio no era suficiente para envolver en él la órden entera, y un pretesto mas grave se le proporcionó casi milagrosamente.

Recibió la noticia en aquellos mismos momentos, de que un ciudadano de Beziers, llamado Florian, condenado á la pena de muerte por los tribunales, habia pedido hablar a S. M., añadiendo que era depositario de un secreto de tal importancia, que el monarca daria por saberle la mejor de sus provincias, y que no queria revelar sino á él solo.

El rey, cuya curiosidad picó un aviso semejante, mandó que aquel hombre le fuese presentado. Obedeciése esta orden, y Florian, seguro de su vida, si su revelacion parecia importante, le refirió que habiéndose sido condenado á muerte con un templario apóstata, se habian encontrado uno y otro en la misma prision, y que no pudiendo confesarse (entonces no estaba en uso administrar á los criminales el sacramento de la penitencia) se habian, como se practicaba en semejantes ocasiones, confesado el uno con el otro: que en su confesion el templario le habia declarado las abominaciones que tenian lugar en la recepcion de los caballeros, tan terribles, tan execrables, que habia creido interesante al rey el descubrirselas.

Entonces desarrolló el largo cuadro de todas las infamias, de que el mayor número de los acusados se declararon culpables en lo sucesivo, y que no espresaremos aquí, por

no manchar los ojos del lector.

Semejante descubrimiento llenó de asombro al monarca. Los crímenes eran tan grandes, que con dificultad podia dárseles crédito. Florian obtuvo el perdón de la vida, y como estas revelaciones, si eran verdaderas, lisonjeaban la venganza que el rey se proponia ejercer sobre los templarios, resolvió profundizarlas.

Al mismo tiempo los templarios Nofodei y Montfalcon para salvarse igualmente del suplicio que les esperaba, hicieron una declaración igual, añadiendo á ella pormenores mas espantosos. Felipe se horrorizó desde luego de la esposicion de estos horribles hechos, y de su conformidad con la relacion de Florian. Penetrado del concierto de estos testimonios, y de la deposicion de los dos caballeros que hablaban de sus propios hechos, y que por otra parte, no conocian ni habian visto jamás al ciudadano de Beziers, quedó íntimamente convencido de los excesos de la orden, y de su corrupcion, confirmándose mas que nunca en su pensamiento de destruirla.

El gran maestre de los templarios, que por su rango, su crédito, sus riquezas, su poder, se igualaba casi con los soberanos, era Jacobo de Molay, de una de las principales ca-

sas del condado de Borgoña. Era este un caballero de verdadero mérito, se le había admitido siempre con distincion en la corte de Francia, y aun fué elegido por el monarca para ser padrino de Roberto de Francia, su cuarto hijo.

Pero estas pruebas de una amistad particular no impedian a Felipe proseguir sus designios. Poco despues de la coronacion del papa, que se hizo en Lyon, se avistó con el Santo Padre, y alli le pidió, para el cumplimiento de las seis promesas que le tenia hechas, la estincion de la de los templarios. Púsole á la vista las deposiciones de los testigos, y le empeñó á no sufrir mas tiempo semejantes sacrilegios y tan odiosas infamias.

El papa se sorprendió sobremanera al oír semejante proposicion. Abolir la mas famosa de las órdenes militares, la que era mas útil á la cristiandad, una orden esparcida en todos los estados de los principes de Europa, y compuesta de la alta nobleza de todos los reinos, era cosa que le parecia impracticable. Por lo tanto no se prestó á ella desde luego, sino con la mayor frialdad. Respondió que era un negocio de tan alta importancia, que merecia ser examinado y profundizado con la mayor atencion.

Así trascurrió algun tiempo, durante el cual el monarca tuvo paciencia; pero en fin, habiendo venido el pontífice con su corte a Poitiers, Felipe, gozoso de tenerlo tan cerca de sí, dió orden al procurador general de enviarle la declaracion de Florian y de los dos templarios, y acompañó á estos documentos una carta con las mas vivas instancias para deteminarle.

La lectura de uno y otro le inclinó á satisfacer al rey de Francia. Principio por llamar al gran maestre, que entonces se encontraba en Chipre, donde se cubria de una gloria inmarcesible. Poco tiempo despues, habiendo celebrado el rey un consejo secreto, se decidió en él, que no se observarian con respecto á los templarios, ninguna de las reglas ordinarias establecidas en los precedimientos criminales: que era necesario sin que pudiesen ser advertidos, hacer prender en un mismo dia, y una misma hora, á todos ellos: tenerlos separadamente en diferentes prisiones, y al mismo tiempo apoderarse de sus bienes para impedir que sus amigos y sus partidarios se sirviesen de ellos en su favor. Se resolvió en el mismo acto participar á todos los soberanos lo que se iba á hacer en Francia, instruirles de los crímenes de los caballeros, y de las pruebas que de ellos se tenian, exhor-

tándoles á todos á imitar al monarca francés.

Este importante secreto fué guardado de una manera admirable. Despacháronse órdenes á todos los gobernadores de las provincias, á todos los bailios y senescales, á todos los magistrados, para arrestar á todos los caballeros del Temple que se hallasen en sus distritos, y á ese efecto emplear la fuerza si era necesario. Se les mandó poner á estos presos, bajo buena y segura guardia, y ocupar todo lo que les perteneciese. Las órdenes del rey eran terribles, y debían ejecutarse bajo pena de la vida.

En tanto que el rayo del cielo caía de este modo sobre los culpables, Aigremont y Mesalvo se abandonaban á su impotente desesperacion. La vista del príncipe de Montalbano los habia consternado por un momento; pero luego que se hubo retirado, recobraron su audacia y sus criminales pensamientos. Mesalvo, sobre todo, no podia resolverse á dejar la Francia, y el gran prior se indignaba de haberse visto obligado á sonrojarse y humillarse ante uno de sus semejantes. La cita que le habia dado en Montgiscard, pareció un medio favorable para deshacerse de él. Mesalvo prometió á su amigo reunir sin dificultad un número de hombres armados,



valientes y decididos, con los cuales podría seguramente consumir sus proyectos de venganza, y en consecuencia partió inmediatamente.

Su venida á Montgiscard sorprendió sobremanera á Jacobo y Marcelina. Esta anciana pareja esperaba no volverle á ver mas; y la conserja instruida del nombre de la dama desconocida, habiendo hablado al venerable Gilberto, no temia ya á los aparecidos de la casa d' Armagnac, llevando como ellos el hábito de religioso benedictino.

Hacia algunos dias que habian tenido una alegría extraordinaria con el regreso de su hijo, el buen Giraldo, que estaba, hacia algunos años al servicio del señor de Levis, y de quien no hemos hablado, porque nada ha hecho digno de atencion. Giraldo amaba mucho á su amo; pero no tanto la guerra y los combates. Así aprovechó el momento en que el marqués Adolfo iba á batirse, para pedirle permiso á fin de ir á ver á su padres. El señor de Levis no era capaz de oponerse á la ternura de un buen hijo, y le dió la mas amplia licencia que hubiera podido desear. Aproximábase ya al castillo de Montgiscard, cuando se le reunió una especie de aldeano que le llamó por su nombre. Giraldo sor-

prendido se detuvo, le examinó con atención, y no reconociéndole se lo dijo con estremada franqueza.

—Oh! pues yo no tengo necesidad de miraros tanto para saber vuestro nombre. (Era el templario de Aurival, que le habia visto muchas veces entre la servidumbre de Levis.) Hace largo tiempo que os conozco, y si quereis caminaremos juntos.

Giraldo era hablador; así no despreció la proposición que se le hacia. Pero el castillo de Montgiscard estaba muy cerca, era necesario separarse. Entonces d' Aurival aparentó un extremo deseo de ir á saludar á Jacobo y Marcelina; lo manifestó á Giraldo, y este no encontró obstáculo alguno en ello. En consecuencia franquearon sin dificultad el puente levadizo, y la guardia que le custodiaba, anunciándose como hijo y amigo del conserje.

La alegría de Marcelina fué tan completa al ver á su querido Giraldo, que no echó de ver á su compañero de viaje, hasta que se hubieron calmado sus primeros arrebatos. Entonces se ocupó de él, y una dificultosa esplicacion iba á seguirse, cuando la suplicó hablarla en secreto. Lisonjeada con todo lo que tenia el aire de misterio, Marcelina consintió con mucho gusto. Pasaron, pues, á otra

estancia, y allí el caballero desembarazándose de lo que tambien le desfiguraba, se dió á conocer.

Marcelina al verle lanzó un grito de alegría: iba á hablar; pero d' Aurival no la dió tiempo: ofreciéndola una suma considerable si quiera tenerle oculto en alguna parte; y sobre todo, facilitarle los medios de ver y salvar á su amada Ombelina, que creia todavia en poder del detestable Mesalvo.

—Ah! noble señor, le respondió Marcelina, os costará mucho menos de lo que pensais: antes de una hora os ofrezco ponerlos cara á cara con esa hermosa jóven; y no tendreis peligro alguno que correr para libertarla; porque aunque esté todavia en estas murallas, está en ellas tan libre como puede estarlo el mismo pícaro del señor Mesalvo.

Este discurso causó alguna sorpresa al caballero d' Aurival, y Marcelina se apresuró á referirle una parte de la historia de la hospitalaria. La satisfacion de d' Aurival fué superior á toda espresion: su confiado amor le hizo ver al momento la certidumbre de la próxima union con Ombelina: así solicitó vivamente de Marcelina la ejecucion de la promesa que acababa de hacerle. Ella no quiso retardarla un instante, y despues de haber tomado parecer de Jacobo, que tampo-

co se opuso, tomaron el camino de la sala de audiencia. Marcelina abrió desde luego la puerta de la estancia en que Mesalvo habia sorprendido á d' Aurival, y suplicó á este la esperase algunos minutos: hecho esto, pasó al aposento secreto, y felizmente encontró á Ombelina en la primera pieza en que estaba su lecho, y la cual habia destinado para su habitacion. La alegría estaba estampada en el semblante de la buena conseja; así la hija de Ludovico se apresuró á preguntarla la causa.

—Ah! señorita, la respondió, seguramente es este un hermoso dia; y los aparecidos que se me han presentado sin temer la luz del sol, han traído un júbilo á mi alma, de que sin duda participarán otros tambien. Mi hijo, el valiente Giraldo, el criado de confianza de ese famoso señor de Levis, que gana las batallas mejor que algunos saben perderlas, ha llegado esta mañana.

—Hé ahí una verdadera felicidad para vos, querida mia, respondió Ombelina, y un placer para los que por vos se interesan.

—Ya os he dicho, prosiguió Marcelina, que no ha venido solo. Ah! en cuanto á esto, jamás hubiera podido creer que la torre de san Juan restituye los presos que se encierran en ella.

—Qué quereis decir con eso? exclamó Ombelina fuertemente conmovida.

—Tá, tá, madama! reponeos, no os sonrojeis así; si él ha podido salvarse, tanto mejor: si ha venido aquí, á pesar de todos los peligros, es porque os ama; si desea veros. ...

—Ah! no me engaños, dijo Ombelina con una voz sofocada: habeis vuelto á ver al señor d' Aurival?

—Se halla en vuestro antiguo aposento: quereis hacerle introducir, ó mandarle retirarse?

La hija de Ludovico, á pesar de su emocion, se sonrió de la especie de astucia de que Marc-lina se habia servido en su última proposicion: deseaba mas que la vida volver á ver á d' Aurival; pero no se atrevia á rendirse á este deseo, sin haber consultado á la dama desconocida. Así pues, se dirigió prontamente á Ethelmunda, quien no pensó en oponerse á la felicidad de dos seres destinados para amarse: solamente encargó á Ombelina, ocultar todavía su nombre al caballero d' Aurival, dejándola dueña de los demas.

Todos los que han amado suplirán fácilmente los pormenores, que no damos, de la entrevista de Ombelina y d' Aurival: ellos habian estado separados y dominados por la

desgracia: ahora se volvian á ver bajo mejores auspicios: el porvenir no les asustaba ya: asi su alegría era pura, y sus trasportes no estaban mezclados de ninguna amargura. D' Aurival, una vez que habia encontrado á su amiga, no pudo consentir en separarse de nuevo: los ruegos fueron inútiles: él insistió en habitar cerca de ella, y Gilberto, que adquirió esimacion por él, se encargó de este cuidado.



LVI.

El príncipe de Montalbano no pudo sin estremada pena dirigirse al monasterio en que Adelina estaba encerrada. Ya un mensaje habia prevenido á Eloisa de las nuevas intenciones del gran prior, y Ludouico no experimentó dificultad alguna para ver á su infortunada sobrina.

Esta bella jóven, desmayada en el momento de su raptó, no recobró sus sentidos hasta despues de haber entrado en el monasterio;

creyendo ser presa de algun culpable raptor, no fué pequeña su sorpresa al observar el lugar á que se la habia conducido, y sintió algun alivio en su desesperacion. Siempre ocupada de Olderico, no hizo pregunta alguna, y permaneció por espacio de muchos dias humilde en un profundo abatimiento, que se aumentaba con la soledad en que vivia.

Eleisa sabia todos los secretos de su hermano, y conócía mejor que nadie cuánto le importaba que Adelina sospechada de ser su hija, no volviese al poder de Aldrio Aldrici, que con justa razon se pensaba ser el principe de Montalbano. En consecuencia y por esta vez olvidando su acostumbrada conducta, lo manifestó todo á la sensible Ambrosina y esta, igualmente unida á d' Aigremont (porque ya es tiempo de hacerla conocer: era hermana del templario, pero de diferente madre, y de un matrimonio conocido de pocas personas) se encargó del cuidado de vigilar á Adelina, de distreerla y de inspirarla, si era posible, el amor al retiro y á la devocion. Poco habia que trabajar para conseguirlo. Adelina temia al mundo, y mas aun á su propio corazon, bien convencida de que no seria jamás del amante que habia elegido, se proponia consagrarse á Dios, y apagar en la sombra de un claustro la llama criminal que

la abrasaba: pero con que prontitud mas cruel acabó de determinar su resolucion la noticia de la muerte de Olderico! La fama habia traído al monasterio, la historia del desastre de este jóven héroe y á pesar de las precauciones de Ambrosina, Adelina no tardó en saberla. Su dolor entonces no tuvo limites: mirando la tierra con horror, fijó todas sus afecciones en el cielo; podia temer una profesion que la ocuparia esclusivamente de él? Por lo tanto esperaba con impaciencia el regreso de Aldrio Aldrici. No se la habia comunicado aun el secreto de su nacimiento, y cuando lo vio delante de sí, fué con una mezcla de alegria y de dolor.

—Padre mio, le dijo arrojándose de rodillas contra la reja, mi vida ha concluido para el mundo: Dios me llama á sí! Querriais oponer obstáculos á los santos nudos con que deseo ligarme? Ah! no dudeis que, aunque lejos de vuestra persona, no estareis menos presente en mi pensamiento, ni que por eso mi cariño se debilite!

Adelina no tuvo dificultad en decidir á Montalbano: él mismo conocia que la posicion de aquella hermosa jóven no la prometia una vida feliz en la sociedad; por consiguiente no la pidió tiempo para reflexionar en su peticion, sino para to-

mar el de consultar á d' Aigremont. El nombre de Montaut no se pronunció por una ni otra parte; y Ludovico esperó que su fin desastroso seria aun ignorado de la desventurada hija de su hermana Blanca.

Habia venido resuelto á manifestarla el nombre de su verdadero padre, y lo hizo con la mas delicada consideracion. Este misterio descubierto, aumentó quanto podia ser, el deseo de Adelina de no salir mas de aquel asilo, y á sus desgracias se unia tambien la de no poder estimar al autor de su existencia, conociendo que soso Ludovico poseeria siempre su ternura filial. Ah! á pesar suyo, envidió en el fondo de su corazon el favorable destino de Ombelina, y admiró la Providencia, que por sus incomprendibles decretos, prosigue á veces sobre los hijos la venganza pricipiada contra sus padres.

Cumplido este deber, y no reteniendo ya cosa alguna al principe de Montalbano en Tolosa, partió inmediatamente para el convento de los benedictos de Montgiscard; adelantandose de este modo al gran prior del Temple, que le habia prometido presentarse alli, encontró en el camino á Roldo, que de parte de Gilberto, iba á noticiarle la libertad del caballero d' Aurival, y su estancia en el parage adonde se encaminaba. Este anuncio

acabó de colmar de alegría al príncipe: proponíase recompensar á este virtuoso caballero, concediéndole la mano de su Ombelina, y una parte de las inmensas riquezas que poseía aun en Italia.

Después de su recíproca entrevista, Marcelina, que venia á visitarlos frecuentemente, les informó de que Mesalvo había vuelto á presentarse en el castillo de Montgiscard. Esta noticia fué diversamente recibida: d' Aurival formaba ya el proyecto de ir á exigirle satisfacción de su culpable conducta: Roldo le suponía tramando algún nuevo crimen; y Ludovico, mas tranquilo, aseguraba que dentro de pocos días abandonaría pacíficamente la Francia: por lo tanto obtuvo de su futuro yerno la promesa solemne de dejar á Loredani ausentarse en paz: instó igualmente á Roldo suspendiese sus ideas de venganza; pero este que, mejor que Ludovico, conocía á su pérfido cuñado, se propuso vigilarle atentamente, y no dejarle pasar vivo la selva de Bariege.

Llegó, en fin, el día en que d' Aigremont había prometido presentarse en Montgiscard: partió, pues, de Tolosa, con la desesperación en el alma, habiendo adquirido la certeza de la próxima union de Elfegia d' Auvillars y del marqués de Levis, su amor se había tras-

formado en cólera. Así, luego que estuvo en el castillo, prestó favorable oído á lo que le dijo Mesalvo: este habia ganado seis soldados de la guarnicion, y á su cabeza debia caer sobre el principe de Montalbano, durante su conferencia con el gran prior del Temple.

Un instante despues envió este un escudero al convento de los benedictinos á advertir á su tio Gilberto y Ludovico, que estaba dispuesto á recibirlos. Estos no tardaron en montar á caballo, y se dirigieron á Montgiscard por el camino real, y no por el subterráneo acostumbrado; d' Aigremont los esperaba en su aposento: mas Gilberto le hizo decir por que no era en aquel lugar donde queria hablarle, y al mismo tiempo se encaminó hácia el salon, contiguo á la galeria, sobre la cual daba la estancia de Ombelina, y [el secretaposeno que el lector conoce ya.

Esto picó aun mas la curiosidad del templario: Mesalvo recibió sus últimas órdenes, y cada uno de antemano habia trazado planes, en que todos salieron engañados. D' Aigremont al acercarse á Gilberto y Ludovico, saludó á este en silencio: despues dirigiéndose á su tio, le preguntó por qué motivo habia querido elegir el castillo de Montgiscard para verificar aquella entrevista? Gilberto le re-

plicó:

—D' Aigremont, engañado en todas mis esperanzas, he querido ensayar un nuevo esfuerzo, que será el último. Cada día la suma de vuestros crímenes se aumenta, y cada día una voz acusadora se levanta contra vos y demanda venganza! Ni los ruegos, ni el temor del porvenir, han podido ablandar vuestra alma! Ab! en tanto que os entregábais á vuestros excesos, dos seres aumidos por vos en la desgracia, imploraban en vuestro favor al Dios de las misericordias!...

—Señor, dijo el templario interrumpiéndole, os tomáis demasiado cuidado en lo que me concierne: veo que me he engañado groseramente: yo creí al venir aquí, que queríais ser mediador entre el príncipe de Montalbano y yo, y no que parecería en vuestra presencia solo para oír continuamente reconvenir mi conducta. Creedme, concluyamos sobre este punto, y retiraos: yo no puedo ni debo oiros.

—Desgraciado! tu ceguedad no tiene límites! No sabes que cada instante puede ser el de tu suplicio! Qué! serías capaz de desterarme de tu presencia, cuando vengo á procurar la salvacion de tu alma!!.. Y bien! puesto que mi voz nada puede sobre tí, acaso habrá una mas poderosa...

Abrióse en este momento la puerta de la sala que comunicaba á la grande escalera del castillo, y Mesalvo, armado de todas armas, con la espada desnuda en la mano, entró diciendo: «Amigos! se quiere atentar á la vida de nuestro gefe! Hé ahí su asesino, heridle.» y designó á Ludovico.—«*Traicion!*» exclamó este: y se apresuró á ponerse en defensa, para evitar un golpe de lanza, que uno de los soldados le dirigia; pero al mismo tiempo don Aurival abre la puerta de alegría, se arroja armado al lado de Ludovico, y le salva, con su escudo, del golpe que iba á derribarle. Este incidente desconcertó á los miserables templarios. Gilberto confundido, levantaba los ojos al cielo, cuando una mujer se presenta tambien: su vestido de luto, sus fúnebres atavíos, su imponente aspecto, los rasgos bien conocidos de su rostro, asombran y aterran á la vez á don Aigremont y Mesalvo.

—Ethelmunda! esclama el primero, Ethelmunda! Seriais vos? Os ha dejado salir la tumba para castigar mi perfidia?

—Desgraciado! le responde esta, te atreves á interrogar á tu victima? Debía respetarla el veneno que la destinabas? Detestable asesino! tú, y tu indigno cómplice me volveis á ver, y no os estremeceis?

Don Aigremont no pudo responderla: po-

niéndose las manos en la cara, parecía no podía contemplar á la que miraba como efecto de una aterradora vision. Los soldados mismos retroceden. Mesalvo á la vista de Ethelmunda y d' Aurival experimenta todas las angustias del infierno; pero cuánto se aumenta el asombro general, cuando por la misma puerta de la galería, donde se deja oír un nuevo tumulto, aparece con impetuosidad Roldo, conduciendo un caballero seguido de una multitud de soldados? A aquella vista inesperada, Ethelmunda, contrariada en sus propósitos, se cubre con su velo y dá algunos pasos atrás. D' Aigremont recobra su valor, y Mesalvo le pierde enteramente. Ludovico y d' Aurival manifiestan su admiracion. El caballero se adelanta, y dice desplegando un pergamino del que pendian los sellos del Estado.

—Señor d' Aigremont, gran prior de la órden del Temple en el priorato de Tolosa, y vos, caballero templario, que estais presente, en nombre del rey de Francia y con el consentimiento del sumo pontifice, os intimo daros á prision.

Estas fulminantes palabras taladraron los oídos de los dos culpables. Mesalvo confundido, no piensa en defenderse, y entrega su espada; pero d' Aigremont en aquel momento tirando de la suya, y pensando que Felipe

le hacia prender despues de haber descubier-
to sus traiciones particulares,

—Un momento! esclamó: no os adelanteis!
Si, tio mio! Vos teniais razon! el cielo pone un
término á todos los horrores de los hombres!
Y vos, mujer desventurada que me habeis
aparecido en mi última hora! Vos, cuyas des-
gracias todas he causado, no pediais ven-
ganza? Pues bien! yo voy á encargarme de
ese cuidado! Adios, príncipe de Montalbanol
d' Aigremont os recomienda su hija: él no sa-
be caer en el horror de las prisiones, pero sa-
brá morir! Imitame, Mesalvo, si no eres el
mas cobarde de los hombres!!!

Dice, é introduce en su seno la espada de
que estaba armado. Oyese un grito general;
todos acuden: no era tiempo; y ya, ante la
suprema justicia el templario daba una cuen-
ta terrible de su vida pasada.

A la vista de un desenlace tan tragico, Ethel-
munda cae espirante, y en tanto que Ludovi-
co la sostiene en sus brazos, Gilberto ora por
su desventurado sobrino, y d' Aurival aterra-
do parece compadecer la suerte de Mesalvo.
Este miserable se habia estremecido á la ac-
cion valerosa del gran prior, pero estaba le-
jos de tener espíritu para imitarle, dejóse
conducir á los calabozos de Tolosa, y algu-
nos años despues pereció en las hogueras á

que fueron precipitados los templarios culpables! Con este suplicio y la larga cautividad que le precedió, fué castigado un malvado indigno de compasion, y manchado con las mas negras acciones.

Aquí debemos alguna esplicacion sobre los diversos cuadros que acabamos de trazar. Ethelmunda y Gilberto esperaban con la súbita aparicion de la primera, conmover el corazon de d' Aigremont, y restituirle á mejor camino. Estaba pues aquella en expectativa del momento en que debia parecer, y d' Aurival á su lado para secundar la escena; pero cuando este vió correr á Mesalvo con sus satélites, se arrojó para salvar al padre de su amante, y Ethelmunda estraviada su imaginacion, creyendo ver á d' Aigremont otra vez criminal, le siguió apresuradamente, lisonjeándose, con que su sola presencia bastaria para pavorizar á los dos templarios.

Al mismo tiempo, Roldo que desconfiaba siempre de Loredani, vagaba por los alrededores del castillo, cuando vió acercarse una tropa numerosa. Hubiera podido temer que fuese á él á quien buscasen, pero no era ya tiempo de sustraerse por la fuga á este peligro: además su disfraz ordinario le daba alguna seguridad. Permaneció pues, y aproximándosele el gefe del destacamento que le

tuvo por un aldeano, le hizo muchas preguntas sobre el estado de la fortaleza de Montgiscard. Roldo sospechando que un motivo poderoso condujesé allí al caballero, le habló con una entera franqueza, y ofreció introducir los soldados del rey en aquella morada, por un camino desconocido aun á los mismos templarios. Su proposicion fué aceptada, y poniéndose en marcha, los condujo por el subterráneo, y por la escalera que daba á la antigua habitacion de Ombelina.

La presencia de esta tropa, que no se esperaba, la mision que venia á desempeñar admiraron sobre toda expresion á todos los circunstantes. Ethelmunda con el corazon atravesado de un dolor que nada podia distraer, corrió á sepultarse bajo un nombre desconocido, en el monasterio de que Eloisa era abadesa. Allí ignorada del mundo el rumor de su resurreccion no se difundió: permaneció constantemente invisible para todos, pero la muerte no la dejó desfalecer largo tiempo en esta tierra de padecimientos: ella espiró en los brazos de Adelina, á quien miraba como hija, y pronunciando el nombre de d' Aigremont. El terrible fin de este templario, era digno de inspirar ideas religiosas: ni su nobleza ni su poder, habian podido libertarle del golpe que le derribara, y la ma-

no del Altísimo se manifestó claramente en esta sangrienta catástrofe.

Adelina sucedió á Ambrosina en el gobierno del monasterio; porque Eloisa, pocos dias despues de la muerte de su hermano, fué depuesta por órden del sumo pontífice; las religiosas, cómplices de sus excesos, diseminadas en otros conventos de su regla; y se dice que Eloisa en la casa adonde fué confinada, reconoció en fin sus errores, y espió por la penitencia todo el mal que habia podido hacer.

Uno de los primeros cuidados de Ambrosina fué mandar terraplenar, de acuerdo con el gran prior de la órden de san Juan de Jerusalem, á la que se dió el palacio del Temple, los vastos subterráneos que daban comunicacion á los dos edificios, y que habian sido teatro de tantas infamias y sacrilegios. Adelina encontro en la calma de la soledad una paz que no poseia, y en fin, el recuerdo de Olderico de Montaut cesó de distraerla en medio de sus fervientes oraciones.

El respetable Gilberto se restituyó á su monasterio á llorar en él la pérdida de su hijo y de su sobrino, y supo manejarse tan bien, que Roldo conmovido de su ejemplo, y herido de las escenas que habia presencia-

do, no atreviéndose á echar una mirada sobre lo pasado, ni prever el porvenir, se separó de sus bandas rapaces, y corrió á sepultarse en una ermita desierta que encontró cerca de Conques, en la inmediacion de la ciudad de Carcasona, donde hizo olvidar con una ejemplar vida, lo que en otro tiempo habia sido.

El príncipe de Montalbano, deseoso de asegurar la felicidad de su hija, no tardó en unirla con indisolubles lazos al noble d' Auvillars, cuya posteridad fué largo tiempo la gloria de Tolosa, en donde Ludovico fijó su residencia; pero él gustaba de conservar allí el nombre de Aldrio Aldrici, y bajo esta denominacion fué aun elegido como uno de los ocho capitulares de la ciudad en el año de 1346.

El regreso del duque d' Auvillars colmó los votos de dos amables parejas. El mismo dia vió á Adolfo de Levis con Elfegia, y al trovador Arnaud Vidal con Odila, empeñarse á los pies de los altares, con juramentos que de antemano estaban escritos en sus corazones. Su ternura fué siempre la misma, y los dos amigos aumentaron el lustre de sus brillantes reputaciones. Cuando algunos años despues, siete poetas de Tolosa, fundaron los juegos florales, Arnaud Vidal

ganó el primer premio que se distribuyó, y colocó sobre su frente la primera corona lírica. Su nombre es todavía el honor de su patria.

En fin, la suerte de los diversos personajes que han figurado en esta historia, quedó irrevocablemente establecida. El gran vicario de Pamiers, Bernardo de Altemporia, no tuvo tiempo de satisfacer su odio contra el príncipe de Montalbano: una muerte súbita le detuvo en medio de los proyectos que había formado. El castillo de Montgiscard no quedó en poder de los caballeros de San Juan de Jerusalem: habiendo determinado venderle, d' Aurival se apresuró á comprarle: confirmó á Jacobo y Marcelina en su empleo de conserjes, y esta vieja pareja prolongó su carrera, hecha feliz por los beneficios de Ethelmunda, de Ombelina y de d' Aurival.

LVII.

Conclusion.

La órden de los templarios no estaba aun estinguida en los momentos en que estos diversos matrimonios se efectuaron. El rey de Francia disputaba con el papa sobre cuales habian de ser los jueces á quien se entregasen.

Felipe bien hubiera querido hacer instruir el proceso por sus magistrados; pero la universidad, á quien consultó, le respondió que los jueces seculares no podian conocer de las heregias, si la Iglesia no les requeria para ello: que los caballeros, si eran militares, eran tambien religiosos: y que en cuanto á sus bienes, tampoco podian caer en manos profanas: que era necesario, si los templarios eran estinguidos, emplearlos siempre conforme á las intenciones de los que los habian donado. El rey, á consecuencia de esta decision, comisionó á su confesor Guillermo de Paris, dominico, inquisidor de la fé, para interrogar á los presos en presencia de muchos testigos elegidos entre la nobleza.

El religioso desempeñó su comision con todo el celo que su penitente podia desear. Guillermo de Nogaret, tan famoso por el atrevimiento de sus empresas contra el papa, manejó con él este terrible negocio. Entre tanto se suscitaron nuevas discusiones entre Clemente V y Felipe el Hermoso; pero la firmeza de este obligó al pontifice á ceder. Puestas, en fin, de acuerdo las dos cortes, se dió principio á instruir de concierto este proceso sin ejemplo. Ciento cuarenta caballeros fueron por de pronto interrogados: solo tres de ellos negaron absolutamente los crímenes

de que eran acusados. Los demas lo confesaron casi todo, y aunque variaron en sus declaraciones, dijeron sin embargo lo bastante para acreditar la certeza de las infamias con que aquella órden se habia manchado. Hasta un sacerdote convino en que no consagraba la ostia destinada á la comunión de los caballeros. Una multitud de otros templarios en diversas partes del reino, corroboraron con sus deposiciones las ya hechas en Paris: todos monumentos auténticos, que prueban habia un justo motivo para proseguir en la disolución de una órden, en que la corrupción era tan general. Los incrédulos rearguyen á estas declaraciones, diciendo que fueron producto de la violencia; pero no podrán menos de convenir en que un medio semejante no se empleó para hacer hablar al gran maestro, el príncipe Dauphin, los grandes priores y grandes oficiales de Aquitania; de Provence, de Poitou y de Outremer. Y estos importantes personajes convinieron en todos los crímenes imputados á su órden. Sesenta y dos templarios que el papa interrogó, respondieron del mismo modo. Entonces espidió las bulas para su arresto general en toda la cristiandad: en todas partes fué obedecido, y deposiciones mas numerosas y no menos terminantes, hicieron conocer los sa-

crilegios y locuras de que se habian hecho culpables.

En estas circunstancias, y cuando en Francia el procedimiento tocaba á su termino, se supo, no sin admiracion, que la mayor parte de los templarios retractaban sus confesiones, pidiendo un nuevo exámen, y protestando su inocencia. Esta gestion puso á los jueces en gran embarazo; pero como entonces, así como en la atroz revolucion del último siglo, no se sabia terminar las discusiones sino por suplicios, se decidió que los caballeretractantes serian tratados como relapsos, y condenados á la hoguera.

Esta horrible sentencia recibió una pronta ejecucion. Cincuenta y nueve templarios fueron degradados por un tribunal eclesiástico, y entregados al brazo secular. Arrastráronlos fuera de la puerta de san Antonio de París, á un campo inmediato á la abadía de este nombre, y allí fueron quemados á fuego lento. Por grande que fuese la estension de sus padecimientos en aquel suplicio, ninguno de ellos quiso evadirse de él confirmando su primera declaracion. Invocando á Dios, le ponian por testigo de la injusticia de que eran víctimas, y perecieron entonando cánticos. Esta conducta valerosa persuadió al pueblo, cuya ferocidad natural cesa en el momento en

que el suplicio comienza, de que se les habia calumniado indignamente, y proclamó en voz alta su inocencia. Multitud de otros templarios fueron quemados en diversos lugares, y su constancia no fué indigna de la de que acabamos de hablar.

«Cosa admirable! dice un obispo de aquel tiempo, que estos infelices á quien se entregaba á los mas rigurosos suplicios, no daban otra razon de su retraccion, que la vergüenza y el remordimiento, de haber confesado, por el temor al tormento, los crímenes de que se pretendian, todos inocentes!

Hechas las informaciones contra los templarios en particular, habiendo muchos perecido, siendo otros condenados á una prision perpetua y otros absueltos, se trató de juzgar definitivamente á la órden en general, y por consiguiente al gran maestre y sus principales oficiales. El papa se habia reservado este cuidado, y nombró ocho comisarios al efecto, que fueron: el arzobispo de Narbona, los obispos de Bayeux, de Mende, de Linges, los arcedianos de Rouen, de Trento, de Magelonne, y el preboste de Aix. Citaron á toda la órden á comparecer ante ellos, y el gran maestre les fué conducido cargado de cadenas como un vil criminal, aunque revestido de una dignidad tan eminente. Su de-

fensa fué la de un héroe, enterneciendo á cuantos le oyeron, fuera de los jueces que habian resuelto condenarle: él les arrojó su guante de batalla, pero aquellos eclesiásticos no juzgaron á proposito recogerle; tratos de calumniadores, y pretendió que semejantes gentes merecian el suplicio con que los sarracenos y los tártaros castigaban á los impostores y los falsarios, á quien añadió: es necesario hendir el vientre y cortar la cabeza. Como quiera que sea, despues de haber pedido un término de algunos dias que se le concedió, fué restituido á su prision. En su segundo interrogatorio, pidió ser remitido ante el papa, hizo una brillante apologia de su orden, merecida principalmente en todo lo que concernia á la magnificencia y ostentacion, y terminó por la profesion de fé concebida en estas palabras:

—Yo creo en un solo Dios, en la Trinidad, y en todo lo que contiene el símbolo de los Apóstoles.

Semejante apologia, podia muy bien hacer alguna impresion, pero parecia demasiado débil para destruir las acusaciones de que el resto de los templarios estaban cargados. Muchos de ellos se presentaron entonces para tomar la defensa de su orden, y por tres distintas veces, emprendieron el

justificarla completamente. Las razones que alegaron parecian buenas, pero las deposiciones de los mismos caballeros existian, y atenuaban todo lo que ya pudiera decirse en favor de una órden demasiado poderosa, demasiado rica, demasiado corrompida, para no ser peligrosa.

Habiendo reunido el papa un concilio en Vienne, se vió en él todo el procedimiento, y el pontífice pidió á los padres, de que estaba compuesto, su voto sobre aquel negocio. Todos los prelados y los doctores casi unánimemente, concluyeron por el de una informacion mas amplia, y trataron de salvar la órden de su entera destruccion.

Clemente V, sorprendido y admirado de aquella respueta unánime, y viendo que no conseguiria cambiar la opinion del concilio, fué dilatando mas de seis meses la conclusion que Felipe esperaba con tanta impaciencia. Por último, habiendo convocado un consistorio secreto, pronunció en él la sentencia que disolvia, suprimia y anulaba la órden religiosa y militar de los caballeros del Temple, y él mismo publicó esta sentencia en el pleno concilio, delante del rey, los príncipes y toda la corte de Francia.

— Aunque no háyamos podido, dijo, pronunciar segun las formas del derecho, la supri-

mimos por provision y por la autoridad apostólica, reservándonos, y á la santa Iglesia romana, la disposicion de las personas y bienes de los templarios: juicio que, aunque provisional, tuvo todas las formas de una sentencia definitiva. La órden quedó para siempre proscrita y abolida.

Sus posesiones en Francia fueron cedidas á los caballeros de San Juan de Jerusalem, reservándose el rey solamente, para subvenir á los inmensos gastos de este gran proceso, las dos terceras partes del dinero corriente y muebles. Restaba solo decidir (dice el abate de Veilly, de quien tomamos esta última parte de nuestra obra) sobre la suerte del gran maestre, así como de los grandes oficiales de la órden. El papa, que se habia reservado su juicio, habia resuelto no condenarlos sino á prision perpétua; mas para convencer al pueblo de la justicia de tantas hogueras, como se habian encendido en diferentes provincias del reino, queria que hiciesen una confesion pública, de los abusos y los crímenes cometidos en su asociacion.

Dos cardenales fueron diputados para asistir á esta triste ceremonia: erigióse en el pórtico de la iglesia de Ntra. Señora de París un gran tablado, al que subieron los legados, haciendo conducir á su presencia los

gefes de la religion del Temple: eran cuatro: Jacobo de Molay, gran maestro, que se habia visto honrado con tener en la pila un hijo del rey: Gni comendador de Normandia, hermano del delfin de Auvernia: Hugo de Peralde, gran visitador, y el gran prior de Aquitania, que antes de su prision habia tenido la direccion de las rentas reales.

Leyóse en alta voz la confesion, que mas de una vez habian hecho de las abominaciones de su órden, y la sentencia que los condenaba á ser encerrados para sienpre: entonces uno de los ministros de Roma se levantó y principó un largo discurso, que concluyó por intimar al gran maestro renovase públicamente las confesiones que en secreto habia hecho al papa: pero quedó estrañamente sorprendido cuando este respetable cautivo, sacudiendo las cadenas de que estaba cargado, se adelantó á la orilla del tablado con una continencia segura, y dijo levantando la voz y mirando una hoguera que los verdugos disponian como si hubiese debido quemarse inmediatamente en el caso que retractase su confesion:

El horroroso espectáculo que se me presenta no es capaz de hacerme confirmar una falsedad con otra. Yo he hecho traicion á mi conciencia; tiempo es de que haga triunfar la

verdad. Juro, pues, á la faz de Dios y de la tierra, que todo lo que se acaba de decir de los crímenes y la impiedad de los templarios, es una calumnia: esta es una orden santa, justa, ortodoxa: yo he merecido la muerte por haberla acusado á solicitud del rey y del papa: que no pueda yo espiar este delito por un suplicio aun mas terrible que el del fuego! No me queda otro medio de obtener la compasion de los hombres, y la misericordia de Dios. Gni, hermano del delfin, usó poco mas ó menos del mismo lenguaje, y protestó altamente la inocencia de sus compañeros. Los otros dos, sea de buena fé, ó por temor de sus mas rigurosos tormentos, persistieron en sus primeras declaraciones, y fueron tratados con suavidad; pero se observó que murieron miserablemente. Puede adivinarse la turbacion, por no decir el despecho y la confusion de los legados, que estaban bien ajenos de no esperar semejante escena. Remitieron el deliberar sobre aquel incidente al siguiente dia; hicieron bajar del tablado á aquellos desgraciados caballeros, los entregaron á los prebostes de Paris, y se retiraron cubiertos de vergüenza.

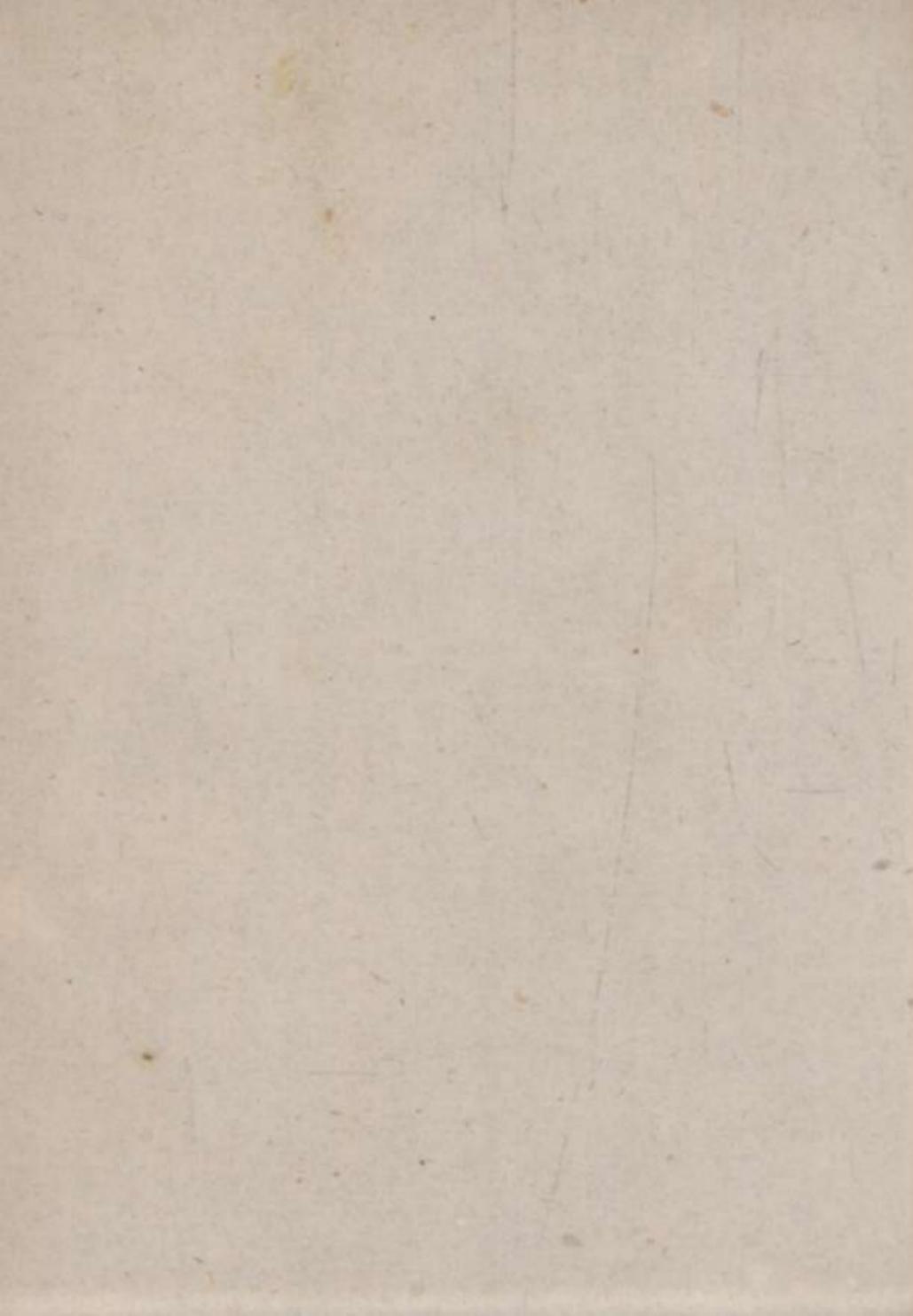
Informado el rey de esta retractacion, reunió inmediatamente su consejo, sin llamar á él, sin embargo, á los eclesiásticos, y en

aquella misma noche Jacobo de Molay y el príncipe Gui, fueron quemados vivos á fuego lento en una isla del Sena que estaba entre el jardin del monarca y el convento de los agustinos. Ambos mostraron en medio de las llamas la misma firmeza que habian manifestado en el pórtico de la catedral: pronunciaron iguales discursos, y protestaron de nuevo la inocencia de su órden, reconociendo solo que merecian la muerte, por haber convenido en lo contrario en presencia del papa y del rey.

Esta constancia admiró al pueblo, que consagró lágrimas á tan trágico espectáculo... Llegóse aun á decir que el gran maestre, no teniendo ya mas que la lengua libre, y casi sofocado del humo, esclamo: «Clemente, juez inicuo y cruel verdugo, yo te emplazo á comparecer dentro de cuarenta dias, ante el tribunal del soberano juez.» Añádese que emplazó igualmente al monarca francés en el espacio de un año, y que uno y otro murieron en la época indicada. Se ha contestado este hecho; pero deberia dársele crédito, para espanto de los opresores y consuelo de víctimas inocentes.

FIN.





6.000
4 f. a 2 vals

- AN

- LVI

- SXIX







